



Rebecca Deandrea

COLMAR

Rebecca Deandrea

Ilustración: Rober Mur
Diseño y maquetación: Franco Dall'Oste



Capítulo 1

Hacen ya varias horas que el cuerpo de Carmen Willka está tirado en la plaza central de La Perla. Tiene la cara bañada en sangre y un tiro en la frente. Todo a su alrededor está en silencio, como la calma que anticipa la tormenta.

—¿Viste a la Carmen? Se da maña con la tarefa.

—Ajá.

—¿Qué te haces? Vos de celoso porque la gurisa maneja mejor que vos el machete.

Carmen se bajó del camión e hizo como que no escuchaba. Caminó por los yerbatales, acarició las hojas, respiró hondo y empezó a cortar las ramas y a quebrarlas para tirarlas en la ponchada. El sol le pegaba en la piel curtida y, de a ratos, se secaba la transpiración con el brazo.

Una vez que llenaba la ponchada la ataba y la cargaba al hombro hasta el camión. Se sentía

observada por las mujeres que, en la sombra, amamantaban a sus hijos para luego volver a ayudar a sus maridos en la tarea.

Pensó que ella no quería tener hijos. No así. Nunca haría lo que su madre había hecho con ella, dejándola sola en los yerbatales. Sabía que no había sido su culpa, que se la habían llevado para convertirla en una Olvidada, pero a ella no le iba a pasar, no permitiría que a sus hijos los críe otro en ese lugar, corriendo en patas entre los camiones y la basura, con miedo a la asoleada y al hambre. No podía entender cómo su prima Inés había traído a ese changuito al mundo, con los mocos colgando y la cara sucia.

Se despegó la remera del cuerpo y volvió a cargar el machete para seguir con una segunda hilera de ramales. Les esperaba una larga jornada en los yerbatales. La época de la cosecha era así y, si diosito quería, iban a poder terminar para el otro día.

De repente oyó gritos entre los matorrales. Corrió

hasta ellos y vió a un hombre agarrándose el brazo y a una Jararacussú retorciéndose en la tierra. Levantó el machete y de un golpe seco le cortó la cabeza a la serpiente. El cuerpo, ciego, intentaba escaparse entre la maleza.

—¡Me mordió! La puta que la parió —gritó el hombre, dejando a la vista dos puntos diminutos, desde los que empezaba a brotar un hilo de sangre que chorreaba hasta su mano.

Carmen se sacó la faja del pantalón y le ató el brazo con mucha fuerza. La mano le temblaba, pero aun así agarró al hombre y caminaron hacia los camiones.

—Lo picó una Jararacussú ¿dónde están los camiones? Hay que llevarlo al pueblo urgente.

—Se fueron hace un rato —dijo el capataz.

—¿Cómo que se fueron?

—Sí, hasta mañana no vuelven.

—¡Mbare! ¡Dale que se nos muere acá!

—No tengo manera de comunicarme —dijo el

capataz mientras levantaba un teléfono aparatoso hacia el viento húmedo que soplaba— no tengo señal.

Carmen miró a su alrededor y luego al hombre que empezaba a ponerse pálido, como a punto de desmayarse. Pensó que en todos esos años nunca había reparado en su presencia: tenía los ojos oscuros y la piel vieja, agrietada. Lo sostuvo fuerte y lo arrastró hasta la sombra donde estaban las mujeres.

—¿Que te paso Oscar?! —exclamó su esposa al verlo.

—Me mordió, no la ví. No la ví —repetía el hombre, tembloroso, mientras la mujer le observaba la mordedura.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Carmen al capataz, que se acercaba junto a la muchedumbre que empezaba a rodearlos. Él negó con la cabeza.

—Si terminan para mañana a primera hora, cuando lleguen los camiones nos vamos. Vamos gente, a trabajar todos, vamos —dijo haciendo un gesto con los brazos.

Poco a poco, todos agarraron sus machetes y siguieron tarefeando hasta que el sol se puso y la penumbra de la luna inundó los yerbatales. De vez en cuando Carmen sentía entre los krakeos de las lechuzas los quejidos del hombre moribundo que, tirado al lado de un fuego, se retorció del dolor.

Pasó un rato y se encontró sola cuando oyó un grito que la atravesó como un escalofrío por la espalda. Desde el campamento podían escucharse los sapucais y llantos desconsolados: el hombre había muerto. Carmen se sentó entre las plantas y lloró.

Trabajaron toda la noche y volvieron rumbo al campamento al otro día. El cuerpo del hombre yacía pálido sobre una ponchada.

El atardecer teñía el cielo de un naranja profundo mientras que, por el norte, unas nubes

negras se acercaban amenazantes.

El camión frenó y Carmen se despertó sobresaltada cuando abrieron las puertas del acoplado. Arrastró los pies por la tierra colorada y seca. Hacían muchos días que no llovía y la maleza estaba achicharrada, resistiendo.

Podía ver a Guillermo delante de ella, caminando rápido para llegar a la casucha donde su prima Inés lo esperaría con un abrazo y Juancito, con los mocos chorrando, le daría un beso mojado. Pero cuando Carmen llegó Inés corría de un lado al otro tirando las ollas y la ropa sobre unas mantas.

—¿Me podés decir qué te pasa Inés? —dijo Guillermo cerrando los brazos que esperaban su abrazo.

Inés seguía corriendo sin parar y sin prestarle atención a Juancito que ya tenía el llanto disfónico, por haber gritado durante largos ratos en el suelo.

—Fermín me dijo que--

—¿Fermín? No me digas que seguís viendo a ese

hijo de puta —gritó Guillermo antes de que Inés terminara de hablar.

Carmen se acercó a Inés y la agarró del brazo.

—¿Me querés decir qué te pasa a vos? —le preguntó mirándola fijo a los ojos que, desorbitados, buscaban cosas para guardar.

—Fermín me dijo que se arma. Hoy nos sacan a todos de acá y ustedes saben lo que pasa cuando vienen a sacarnos. No quiero que nos hagan nada. No quiero que a Juancito le hagan nada —dijo Inés conteniendo el llanto y repitiendo— que a Juancito no le hagan nada.

Carmen soltó a Inés y miró como Guillermo se acercaba a ella para acariciarle la cabeza.

—¿Estás segura Inesita? —preguntó Guillermo mientras esta lloraba.

Carmen corrió la lona negra que servía de puerta y salió afuera.

Entre los yuyales de la casucha de al lado, una nena juntaba piedras y Carmen se quedó en

silencio mirándola. Tenía el pelo rubio, pajoso, y un pañal sucio que se le había desprendido de un lado dejando a la vista un cachete, lleno de tierra y con moscas que le revoloteaban como un enjambre. De vez en cuando, soltaba las piedras que había juntado y trataba de disiparlas con su mano, sin éxito.

Guillermo se le acercó por detrás, mudo.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo después de un rato, con la mirada perdida.

—Hay que decirle al resto —contestó Carmen.

—¡Compañeros! ¡Compañeros salgan ya! —gritó Guillermo golpeando las chapas, las cañas o las palmas para llamar la atención de todos los que, de a poco, fueron saliendo fuera de sus chozas.

—Hoy vienen. La gente de Don Miguel viene hoy a sacarnos —dijo Carmen.

El campamento se llenó de bullicio. Los ancianos se agarraban la cabeza y los niños los miraban serios sin entender qué pasaba.

—¡Compañeros, compañeros escuchen por favor! ¿Qué vamos a hacer? Esta vez es diferente. Esta vez nos podemos preparar —dijo Guillermo.

—Muchos ya pasamos por esto —siguió Carmen. Sus ojos destellaban y las venas de su cuello de a poco empezaban a sobresalir.— Esto no nos puede pasar de nuevo. Nos costó mucho lo que tenemos acá. ¡Nosotros somos los que dejamos la vida en los yerbatales!

—¡De acá no nos saca nadie! —gritó un viejo que con trabajo se ponía de pie.— Tres veces me sacaron de mi casa. Tres veces tuve que empezar de nuevo. Perdí dos hijos y a mi señora en los yerbatales.

—¡No nos saca nadie! —gritó llorando la mujer del hombre muerto.— No les importa nuestra vida ¡No les importa nada!

—¡De acá no nos saca nadie! —gritaron unos hombres levantando los machetes.

Antes de que anochezca, Inés con un grupo de

mujeres y sus hijos, se despidieron de todos en el campamento y se fueron hacia el monte armadas con cuchillos y palos.

—Cuidate Carmen ¿estás segura que no querés venir con nosotras?

—No Inés, vayan, escóndanse. Ya sabes cuáles son las señales que les vamos a mandar desde acá. Si no las ven saben qué hacer.

—Te quiero ¿sabes? —dijo Inés con los ojos brillantes y cargando en brazos a Juancito.

Carmen sonrió y caminó hacia el fuego donde algunos hombres y mujeres debatían cómo iban a resistir. Esa fue la última vez que vio a Inés.

La noche era oscura. Las nubes no dejaban ver ni un trozo de cielo, ni una estrella. Los tareferos sólo podían ver lo que iluminaba la fogata. De vez en cuando algún relámpago dejaba a todos en

silencio, esperando las primeras gotas, pero nada pasaba.

Carmen sentía la ansiedad en el aire, en la respiración entrecortada de la mujer que tenía a su lado, en el hombre que afilaba la faca desde hacía largas horas y en sus manos callosas que transpiraban cada vez más: las secaba en su pantalón y, al instante, volvían a estar empapadas. Sentía que habían pasado miles de horas así, sentados frente al fuego en silencio; ya nadie debatía qué hacer o cómo actuar cuando aparecieran los hombres, sólo les quedaba esperar.

—Sh, sh, sh, sh —anunció un hombre, parándose de repente. Hacía gestos con las manos para que todos permanezcan en silencio, pero nadie hablaba.— ¡Escucho motores! —aclaró bajito a la muchedumbre que intentaba distinguir algo entre tanta oscuridad.

Carmen vio a lo lejos, entre los yuyales, pequeñas luces entrecortadas, los grillos no la

dejaban escuchar los motores, pero ahí las veía. Lejos todavía, pero acercándose.

Apagaron la fogata rápidamente y se escondieron. Carmen vio que las luces habían desaparecido antes de llegar al campamento pero ahora sí escuchaba los motores. Eran muchos, se acercaban, y las ramas que pisaban las ruedas a su paso se quebraban una y otra vez. En un momento se detuvieron y luces pequeñas de linternas aparecieron cerca de la entrada del campamento. Serían unos treinta hombres pensó mientras agarraba con fuerza el machete y esperaba la señal, escondida detrás de un arbusto.

Cuando el primer grupo de hombres entró a la primer casucha se escucharon los gritos. Gritos de dolor, ruido a tripas y a sangre brotando oyó Carmen hasta que el primer disparo la hizo abalanzarse junto a sus compañeros sobre el otro grupo de hombres.

Carmen corría y sacudía el machete, no pensaba,

no se detenía a ver a los hombres, su fuerza la poseía, la fuerza y el odio, el odio que guardaba desde hacía mucho tiempo.

Cuando Carmen se enfrentó cara a cara con uno de los hombres, pudo verle el miedo en el rostro, le vio los ojos saltones cuando con su machete le traspasó la panza. El cielo se iluminaba por los rayos, la lluvia se acercaba; los truenos, los gritos y los disparos eran lo mismo en sus oídos, todo era una bola de gritos, un nudo en la panza.

Antes de que la primer gota toque el suelo Carmen sintió silencio después de mucho tiempo. Un dolor punzante le recorrió todo el cuerpo y supo que la habían herido. A su alrededor no había compañeros de pie. Se dejó arrastrar hasta el asiento de atrás de una de las camionetas: un arma le apretaba la cien.

Entonces las gotas cayeron con fuerza, todas se desplomaron en un abrir y cerrar de ojos sobre el suelo y Carmen vio que la tierra estaba más colorada que nunca.

Capítulo 2

Hoy cumplo dos meses de encierro pero parece que pasó mucho más tiempo.

Nunca había estado tan lejos de casa.

Cuando me infiltraba en La Perla para las operaciones, me resultaba algo increíble a la vista, su gente, su brillo, su ostentación. Pero acá, en La Ollada, en esta cárcel, también existe lo increíble, aunque no del mismo modo. Esto es totalmente desconocido para mí, el olvido, el hambre, la pobreza que se ve en cada esquina, no puede ser producto de la imaginación, sólo se puede entender si se lo ve, y yo nunca lo vi hasta llegar acá, ni siquiera en la televisión.

Tengo miedo de dejar de sorprenderme, de hecho ya siento y sé que me acostumbro a esta miseria poco a poco.

Cuando con mis compañeros y mis compañeras hablábamos de la resistencia, de cambiar las cosas, nunca pensamos en esta gente. Nos importaban otras cosas. Lo nuestro era un vicio

burgués comparado con lo que se ve y se vive acá.

Me hubiese gustado pelear por esto.

Los días no pasan más.

Extraño a mis compañeros y a mis compañeras. Pensar que podríamos haber encendido la mecha que cambie este mundo en el que vivimos. Si tan sólo no nos hubiesemos apurado. Si no nos hubiese ganado la ansiedad.

Ponerme a pensar que nos descubrieron me suena tan estúpido. Repaso el plan en mi cabeza, primero el asalto a la fábrica de indumentaria para tener con qué pasar desapercibidos en La Perla, después conseguir los pases de transporte legalizados, el armado de la bomba, los mapas de la vía, pero por más que busco no encuentro el error.

¿Alguien nos delató? ¿Tendríamos un infiltrado y nunca nos dimos cuenta? Eso me hace

sentir más estúpida. Y ahora, son cinco los golpes fallidos, y ese fue mi último intento.

Hicimos tantas cosas estupidas, todavía hago cosas estúpidas. Sé que escribir todo esto me puede traer más problemas, sé que si me ven o se enteran las Olvidadas de que escribo sobre ellas, sus nombres y lo que hacen, pueden llegar a matarme. Pero tampoco sé si me importa. Mi guerra ya está perdida.

Tal vez mi único acto de valentía sea escribir en estas servilletas arrugadas y meterlas por un agujerito en la almohada. Tal vez este sea mi acto heroico.

De a poco busco entender las lógicas que se manejan acá adentro.

Veo tres grupos que generalmente se dividen por edad o nacionalidad. Por un lado están las

Cholas, en su mayoría provenientes de Paraguay, Perú y Bolivia. A la líder le dicen la Chola y es la que se encarga de darles protección a las suyas. Por ejemplo: si hay algún robo es la encargada de impartir “justicia”. Ninguna habla en español, no porque no sepan, sino que de este modo no sabemos de qué hablan. Creo que todas hablan en quechua.

Por otro lado están las Locales, todas provenientes de La Ollada. Su líder es Hebe, la encargada de la producción de la quinta y quien les da protección y trabajo a las suyas.

Las relaciones entre estas y las Cholas son muy tajantes. No se consideren iguales dentro del contexto de encierro. Ninguna se ve como oprimida. Tal vez sea un modo de sobrevivir que tienen, construyéndose como enemigas internas para olvidar a los externos que, de hecho, son más fuertes.

El otro grupo, el de ancianas, es independiente



del resto. Duermen en el galpón de las Cholas o de las Locales dependiendo de su origen, pero a su vez son un grupo aparte. Se dedican a hacer arreglos y costura. Capaz alguna viene de las zonas fabriles de La Comuna. Pero no he podido acercarme a ninguna de ellas.

Puede que yo sea la única que viene de La Comuna.

El encierro es infrahumano.

Hay tres galpones con techos de chapa: uno es el comedor y los otros dos sirven de dormitorios, uno para las Locales y otro para las Cholas. Cada uno tiene más de cien cuchetas, algunas no tienen colchones y otros, como el mio, estan verdes por la humedad o infestados de piojos, pero por lo menos no duermo sobre el tablón de aglomerado.

El olor es nauseabundo al principio, teniendo

en cuenta que el baño es la conexión entre los galpones/dormitorios pero, con el tiempo, la nariz se acostumbra.

Hay un solo un baño que tiene 10 inodoros sin puertas y cerca de 30 duchas mohosas, de las cuales sólo sale agua fría. Cosa que mucho no importa teniendo en cuenta el calor y la humedad que hace todo el tiempo en esta zona de La Ollada.

El comedor es uno de los únicos espacios donde se juntan todos los grupos, además del patio. Aun así, está dividido y siempre se respetan los lugares: las Locales cerca de la entrada, las ancianas al fondo y las Cholas pegadas al enrejado que separa la cocina. De allí salen las bandejas pegoteadas con un “puré” (siempre el mismo), al que llaman almuerzo o cena, excepto para las Locales, que comen de su quinta. Es por esto que la quinta es el terreno más grande de disputa.

El resto del día el comedor es donde se juntan para discutir sobre quién tiene el control del único

y diminuto televisor enrejado que cuelga del techo.

Si me pongo pensar, es todo un lujo teniendo en cuenta que de acá nunca salió ninguna (viva por lo menos). Por eso nos llaman las Olvidadas.

Podría decir que es un matadero, aunque un poco más cómodo.

Cada vez me encuentro más sola. Necesito que alguien me mire, que me hable. Que diga mi nombre. Que me devuelva a la vida con un simple: Clara.

Por eso es que busqué a Hebe. Pensé que tenía que empezar por algún lado.

Hebe es una mujer de unos 60 años, tiene el cabello canoso y no sé cómo hace pero siempre tiene la ropa limpia (algo imposible en este lugar). La busqué porque, habiendo escuchado lo que cuchichean las Locales, parece ser que puede

conseguir cosas y, además, yo duermo en su área de influencia.

A la Chola no podría acercarme, no entiendo una palabra de lo que habla y, sin embargo, sé que no le caigo nada bien. Lo sé por cómo me mira con sus ojos negros al pasar.

En fin, tuve la oportunidad de acercarme a Hebe en el patio y le pedí un momento. Cuando se detuvo a verme me sorprendió: no me ignoró como las demás. No he visto mujeres nuevas como para saber si con todas hacen lo mismo o sólo soy yo. Tal vez me delata mi acento, o mis manos sin callos, tampoco tengo pinta de ser de Casanovas, evidentemente no, no tengo pinta de trabajadora sexual.

Me hizo un gesto de impaciencia frente a mi inseguridad y mi silencio, por lo que me apuré a preguntarle si existía la posibilidad de que hubiese algún libro. Clavó la pala en la tierra y siguió con su trabajo.



Obviamente que me fui, pero por lo menos confirmé que no me volví invisible.

Hoy llegó una mujer nueva. Estaba amaneciendo cuando escuche sus quejidos, sus pies arrastrando por el suelo mientras dos guardias la llevaban hacia una cama y allí la dejaban, desangrándose.

Alirse los hombres, Hebe y otras Locales se acercaron y empezaron a curarla. Entre el revuelo escuché que se llama Carmen y que viene de los yerbatales.

Con esto confirmé que la cuestión es conmigo. De hecho el otro día escuché a una Local referirse a mí como “la Comunera”. Evidentemente las separaciones son territoriales, y tanto las Locales como las Cholas tienen algo muy fuerte en común, una misma identidad. A mí me ven como otro tipo de extranjera, alguien que habla como las Locales, pero que no forma parte. No se dan cuenta de que acá no hay distinciones,

todas somos iguales, somos carne para el matadero.

Estoy sola.

Anoche tuve un sueño.

Soñé que corría por el patio hasta pasar el paredón, corría por la selva, tropezaba, pero aun así llegaba hasta mi casa, donde con mis compañeros y mis compañeras volvíamos a armar otro operativo de la resistencia. Pero sé que estoy lejos de casa.

Tengo que escaparme.

¿Qué tengo que perder?

O muero acá, encerrada, Olvidada, o intento escapar. Y si muero en el intento, qué más. Que esta sea mi forma de rebelarme.

Hay dieciséis guardias dispuestos de a dos, vigilando desde las torres. Son ocho torres en total dispuestas una en cada esquina del paredón rectangular y otras cuatro que se encuentran a la mitad, entre las torres de las esquinas.

Los guardias son hombres “comunes” están vestidos de civil y no llevan ninguna distinción, ni siquiera de rango. Algunos vigilan los muros por fuera, patrullando. Lo sé porque he escuchado los motores de las camionetas desvencijadas dando vueltas.

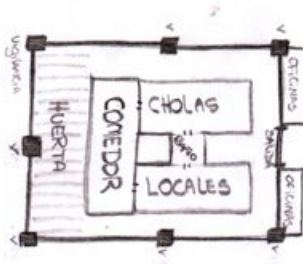
Esta semana trajeron más de veinte nuevas mujeres, por lo que la sobrepoblación en los galpones aumentó. Escuché que arrasaron Casanovas (donde viven las trabajadoras sexuales) porque parece que ahora se está transformando de a poco en un foco de conflicto.

Todas las mujeres nuevas que ingresan, llegan encapuchadas en la caja de una camioneta rodeada de hombres armados. No nos encapuchan porque

la prisión sea secreta, sino que de este modo, empiezan a quitarnos la identidad, nadie nos ve, no nos reconocen al entrar y así pasamos a ser, inmediatamente, Olvidadas.

Dentro del recinto no hay guardias. Las reglas se cumplen de común acuerdo y sino, a la justicia la imparten los mismos grupos. No les importa si nos matamos entre nosotras o qué es lo que pasa adentro. Si hay una menos, es un lugar más. Necesitan los conflictos, las peleas internas, la carnicería, para que su aparato funcione.

Al principio no entendía por qué simplemente no nos mataban en vez de encerrarnos acá. Pero después me dí cuenta de que este es el mejor modo de sometimiento, de introducir el miedo. No podés morir, no te pueden matar, no pueden crear mártires ni héroes en las comunidades. Necesitan convertirnos en Olvidados, Olvidadas. Así garantizan su poder, su control, su hegemonía.



Hoy Hebe me mandó a llamar. Cuando me acerqué estaba con las manos escarbando en la tierra, entre los maíces y las papas. Le dije un hola bajito que no me respondió. Me quedé parada en silencio a su lado, concentrada en su cara seria y su mejilla manchada con barro cuando me pidió que me agache.

Me hizo meter las manos en la tierra y escarbar. La miré confundida hasta que toque una bolsa con algo duro en su interior.

Me miró y me dijo: “esto es lo que pediste. Yo ya

lo leí muchas veces. Ahora es tuyo”.

Le sonreí pero ella siguió con su trabajo.

(*)En cuanto al libro es un compilado reducido de los cuadernos de la cárcel de Gramsci. ¡Hebe es de las mías!

Capítulo 3

—Trajeron cinco más de las nuestras.

Hebe suspiró y siguió arrancando yuyos de entre los maizales. La tierra estaba tan húmeda que no tenía que hacer fuerza. Aun así, parecía costarle.

—¿Y no te podés encargar Débora? ¿De dónde vienen?

—Son Casanovas.

—No sé dónde mierda piensan que las vamos a meter. Y por como veo la mano, traen más en estos días. Acordate.

—Por eso vengo, no tenemos más lugar en nuestro galpón. No hay camas, ni siquiera colchones. Pensé que por ahí podíamos volar de una vez a la Comunera.

—De la Comunera me encargo yo. Vos encargate de acomodalas mientras tanto. Sacales los colchones a las Díaz, que duerman en las tablas. Con lo del otro día me la deben.

Hebe levantó la mirada hacia Débora que seguía parada a su lado. Presionando la punta de pie derecho

contra el pasto, haciendo pequeños círculos. La conocía hacía largo tiempo, pero cada día la veía más cambiada, casi desconocida, consumida. Se acordó de cuando llegó, cómo se resistía al bajar de la camioneta, cómo mordía furiosa a los guardias a través de la capucha, cómo tiraba patadas hacia todos lados. Se acordó cuando la tiraron en el barro todavía atada y encapuchada, y de los guardias yéndose resignados, sin ganas de continuar al lado de esa mujer sin remedio. Se acordó de ellos gritándole que mucho no iba a durar, y de cuando le sacó la capucha y vio sus rulos rojizos bien crispados y sus ojos verdosos abiertos, como los de un gato rabioso. Pero ahora estaba tan cambiada, con la mirada gacha, moviendo el pie como una nena con vergüenza de hacer una pregunta o pedir algo, con el pelo aplastado, opaco.

—Habla de una vez.

—Es Susi.

—¿Otra vez ustedes? ¿Te parece que en este momento y como viene la mano por acá tenga que

andar escuchando de sus problemas de pareja?

Hebe le vio en la cara un puchero disimulado y quiso mandarla a la mierda. Pero sin embargo no podía, y se odiaba por no poder, por ser tan tolerante con ciertas cosas, como algún día lo había sido con sus hijos, y a ellos también se los habían llevado. Todavía, por dentro, se odiaba por no haber podido protegerlos.

—Está bien piba.

—Es que nos peleamos y todavía no puedo hablar con ella. Me ignora desde que llegaron esas Casanovas. No para de hablarles, de recordar juntas, de preguntar sobre--

—Yo me encargo —dijo cortando anticipadamente un desahogo que sabía, podía tardar varias horas.

Al atardecer Hebe se sacudió las manos, entró al galpón, agarró sus cosas y se fue a duchar. Se refregó fuerte la tierra pegada en las rodillas, se

cepilló debajo de las uñas y se acordó de cuando las pintaba con delicadeza. Pero eso había sido hacía mucho tiempo, ahora le parecía una imagen borrosa, en blanco y negro, y se acordó de cuando su hijo Julio le preguntaba por qué se las pintaba si nunca se quedaba quieta a esperar que se le seque el esmalte. Pero ahora esas uñas ya no eran prolijas.

Se vistió enseguida y fue a la litera de Susi.

—¿Y la One? ¿Sigue usando ese vestido dorado de lentejuelas? Me acuerdo que me lo prestó una vez para un cliente especial, tuvimos que tomarlo del lado de las caderas. Creo que era un CEO que andaba de paso por Casanovas —les preguntó Susi a las Casanovas recién llegadas.— Cuando me lo prestó me dijo que si se le salía una lentejuela me iba a agujerear todas las tangas —dijo entre risas exageradas.

Las Casanovas se habían sentado al borde de la cama y se pasaban una lima gastada bajo la luz

de un foco que colgaba del techo. La luz era tenue, amarillenta, y hacía que Susi sobresaliera entre las demás, con sus rasgos nativos bien marcados y sus labios gruesos.

Hebe se paró a los pies de la cama interrumpiendo la reunión. Todas se quedaron en silencio a verla.

—Las presento —dijo Susi parándose de un salto y haciendo que sus tetas rebotaran varias veces de arriba hacia abajo— Ana, Cristina, Marisol y Juliana, ella es Hebe.

—Un gusto —respondieron todas en coro.

Hebe hizo un breve movimiento de cabeza a modo de saludo y dijo:

—¿Susi? —indicándole acercarse— Acompañame —ordenó, sin que Susi preguntara a dónde.

Caminaron por el pasillo que separaba las camas hasta la ante última hilera de cuchetas donde doblaron a la izquierda para frenar en la

cama donde la Comunera dormía tapándose los ojos con un brazo. Tenía un vestido negro con flores amarillas pequeñas, casi translúcido por lo gastado, y su pelo castaño con rulos en las puntas caía sobre un par de zapatillas atadas de los cordones a la pata de la cama.

Susi la zamarreó para despertarla y esta se sobresaltó, incorporándose al instante.

—Necesitamos tu colchón.

La Comunera se quedó quieta, callada, parecía no entender.

—¡El colchón nena! ¿Qué parte no entiendes? ¿No escuchas? —prepoteó Susi levantándola de un brazo al ver que no había reacción alguna.

—Pero... —dijo la Comunera, sorprendida, asustada.

—Me debes un favor —le contestó Hebe, con un tono seco.

—La almohada, sólo te pido que me la dejes. ¡Por favor! —rogó.

—Vaya a saber una lo que hará esta rara con la almohada que se pone así —dijo Susi burlonamente y sacó del portaligas que escondía bajo su pollera, un cuchillo diminuto con el que abrió de par en par la almohada.

Fue así como Hebe lo vio. Cantidad de servilletas con inscripciones y dibujos, entre ellos, uno de ella sobresalió entre la gomaespuma apelmazada, hecha polvo. Los agarró inmediatamente. Era ella evidentemente, entre hojas y hojas escritas, y un mapa. Miró a la Comunera y vio cómo de sus labios finos y pálidos querían salir palabras sin sonido. Le hizo un gesto a Susi para que agarre el colchón, tomó todos los papeles de la almohada y se fue.

—¡Qué mal te va a ir a vos! —le dijo Susi a la Comunera que, petrificada, miraba la almohada deshecha.

Caminaron de vuelta por el pasillo hasta llegar al lugar de Hebe, separado por sábanas que colgaban

hasta el suelo desde una especie de tendal hecho con alambre, que le daba cierta privacidad.

—¿Qué hago con el colchón? —preguntó Susi al ver que Hebe se desplomaba en su cama.

—Hablá con Débora. Ustedes dos me tienen podrida. Arreglen sus problemas hoy sin falta que el horno no está para bollos —ordenó Hebe cerrando de un movimiento la cortina de sábana.

“No se consideran iguales dentro del contexto del encierro. Ninguna se ve como oprimida (...) se construyen como enemigas internas para olvidar a los externos”.

“Al principio no entendía por qué simplemente no nos mataban (...) pero no pueden matarte, no pueden crear mártires (...) Necesitan convertirnos en Olvidados, Olvidadas. Así garantizan su poder,

su control, su hegemonía”.

“Todas somos iguales, somos carne para el matadero”.

“No les importa si nos matamos o qué es lo que pase adentro. Si hay una menos, es un lugar más. Necesitan los conflictos, las peleas internas, la carnicería, para que su aparato funcione”.

“La sobrepoblación en los galpones ha aumentado”.

“Mi miedo es dejar de sorprenderme. Me acostumbro a esta miseria poco a poco”.

“Hebe es de las mías”.

Hebe se quedó tumbada en la cama, esas frases de las servilletas se le aparecían en la cabeza una

y otra vez. Cómo se había acostumbrado a todo eso. Hacía cuánto estaba ahí, sumergida en conflictos ficticios. ¿Cómo había sido tan ingenua? ¿Qué hubiesen pensado sus hijos de ella? ¿Cómo había caído tan fácil en el juego? Y lo peor era que ella era la líder, la encargada de que la máquina funcione.

¿Era ella igual a la Comunera? ¿Era de las suyas realmente? Ella también había vivido en carne propia a la resistencia, las bombas, había perdido a sus dos hijos intentando cambiar el mundo, ella también lo había intentado. Ese día en que buscó inmolarse en la plaza central de La Perla sin éxito, luego de enterarse de que se habían llevado a sus hijos para convertirlos en Olvidados. Se acordó del peso de la bomba bajo su ropa, de su llanto desconsolado y del momento exacto en que apretó el botón y no pasó nada; cuando los hombres de azul se abalanzaron sobre ella, y sus cuerpos la aplastaron contra las baldosas de mármol brillante,

ajustando las esposas en sus manos; y recordó los gritos de espanto de esas mujeres de vestidos largos y brillosos, que se quitaban las capelinas con plumas para subir en sus autos de lujo con el fin de alejarse de esa “bárbara, subversiva y golpista”, como la llamaron en los medios.

—¡Mirá quién anda jugando a la valiente! — dijo Susi dejando a medias un beso apasionado con Débora, al ver a la Comunera acercarse al apartado de Hebe.

—¿Querés empezar a correr? Te damos ventaja Comunera —continuó Débora, levantando de su falda a Susi que se acomodó la pollera de un tirón.

—Busco a Hebe —pidió la Comunera tratando de poner voz firme.

—Dejenla pasar —ordenó Hebe por detrás de las cortinas.

—Ok, mejor. Así nos da tiempo a pensar qué hacemos con vos —le dijo Susi al oído mientras le abría la cortina para que pase al interior.

Hebe la miró a los ojos y sintió vergüenza. Una piba recién destetada se había dado cuenta, había sabido, a dos meses de entrar, qué era lo que pasaba y ella, con sesenta y cinco años, había sido engañada fácilmente. Tampoco sabía qué decirle, la escuchaba pedir una abarrotada catarata de disculpas.

—Gracias piba —le dijo Hebe.

La cara de la Comunera le dio a entender que no comprendía el por qué.

—Sé admitir una derrota, mis fallas, eso es algo que se aprende después de tantos años de encierro —hizo una pausa— Sé que te querés fugar, vi tu mapa. Hay muchos detalles que no tuviste en cuenta.

Hebe se paró y sintió los años en sus rodillas. Se quedó unos segundos viendo la cara pálida de la Comunera que parecía no saber qué tan bueno era lo que acababa de pasar, hasta que llamó de un grito a Carmen.

—¿Señora? —preguntó Carmen metiendo su cara morena entre las cortinas.

—Ya te dije mil veces piba que no me digas señora: ¡Hebe!

—Perdón señora, Hebe.

—Acompañame —pidió Hebe con cara resignada y caminaron.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó apresurada la Comunera, haciendo notar que la incertidumbre era algo que no sabía manejar bien.

Hebe le sonrió y cerró la cortina detrás de ella.

Hebe se sintió muy lejos de sus espacios comunes, hacía tiempo que no cruzaba el baño para ir al galpón de las Cholas. Miró a Carmen caminando a su lado. Su paso firme contra el suelo le daba seguridad, y no se arrepintió de haberle pedido a ella que la acompañase. A fin de cuentas

sabía que no podía contar con Débora o Susi, no cuando estaban en la pelotudez.

Al ingresar al galpón las Cholas se enfurecieron. Parecían yaguaretés, amenazadas, mostrando sus dientes, rabiosas.

—¿Mayman rishanki? —preguntó a los gritos una paraguaya. Tenía una trenza deshecha y debajo de su camisa arremangada, Hebe pudo verle los músculos marcados.

—Busco a la Chola —pidió Hebe sin saber qué le decían.

—¡Imaman jamunke! —replicó la paraguaya acercándose a pasos agigantados hacia Hebe, hasta casi rozar su nariz.

Hebe se puso firme y la miró a los ojos, desafiante.

—¿Kaytacha mask'ashanki? —dijo acercándole el puño a la cara y haciendo que Hebe se lo saque de un manotazo. No necesitaba saber quechua para entender lo que significaba.

Detrás de ellas se formó una especie de muro de contención de Cholas, todas furiosas, alentando a la paraguaya y amenazando con intervenir en cualquier momento.

—Maqanakuyta munashanku —encaró Carmen a las Cholas, haciendo que todas la miraran sorprendidas, incluso Hebe.

—¿Quién es ella? —le preguntó la paraguaya a Hebe antes de despegarle su nariz y dirigirse a Carmen.

—Ñoqa Carmen Willkami kani —dijo Carmen sacando pecho.

Inmediatamente se hizo un silencio en el galpón hasta que la Chola, desde el fondo ordenó:

—¡Pusamuy kayman!

Hacia más de una hora que discutían. Detrás de la Chola, una de las suyas, estaba firme, atenta a

cada movimiento, esperando órdenes, y Carmen, detrás de Hebe, copiaba a su contrincante, como si fuese un requisito de la visita diplomática, una cuestión protocolar.

—Pensé que eras más inteligente, que no te dejabas llevar por cuentitos de una Comunera —le dijo la Chola después de meterse un par de hojas de coca en el cachete.

—Andate a la mierda Chola. Vos no querés ver. Sos tan orgullosa que no te importan las que te siguen. Preferís quedarte con una quinta y un galpón a buscar la libertad. Te cagas en las tuyas, hasta en las que se murieron sin querer ser Olvidadas y que usas de bandera —le gritó Hebe señalándola con su dedo índice.

—¿Qué sabrás vos de las mías? ¿Qué te llenas la boca hablando de ellas? Bien que vos y las tuyas las han matado como a perras sarnosas —respondió la Chola furiosa.

—¿Y ustedes no? Parece que no tenés memoria

y veo que seguís sin querer entender. Yo no quiero más esto. No quiero mirar más para otro lado mientras nos matamos entre nosotras. ¿Y para qué? ¿Para beneficiar a los que nos metieron acá adentro? ¿O para que nosotras dos tengamos poder y lugares mugrosos de privilegio?

—Hablás por vos. Vos sos la que maneja todo.

—Son discusiones que no tienen que ver con lo que te estoy diciendo. ¿O no te entra en la cabeza?

—¿Qué querés que te diga? ¿Se quieren fugar? ¡Adelante! ¿O me tenés que pedir permiso?

—Te aviso. Si querés seguir haciéndote la boluda y quedarte cómoda con el culo mullido en el asiento es tu problema.

—¿Y qué pasaría si canto?

—Sos una carnera traidora ¿Querés negociar con el enemigo?

—Vos sos mi enemiga también. Yo no me olvido, no dejás de serlo —gritó la Chola levantándose de un salto de la silla y haciendo que Hebe le responda

la acción, al igual que las guardianas, quienes corrieron a enfrentarse cara a cara, esperando un gesto de sus líderes que las habilite a tirar la primer trompada.

—¿Y vos qué haces del lado de estas? —le dijo la Chola a Carmen que no corría la vista de su contrincante— Sé quién sos. Tu madre era de las nuestras. ¿Confías en ella aunque la hayan matado a sangre fría? —le preguntó.

—A mí me salvó la vida y yo quiero volver a ser libre —dijo Carmen.

La Chola apretó los dientes con fuerza al ver que se iban.

—Las tuyas me van a seguir y vos te vas a quedar sola, Olvidada para siempre —le gritó Hebe antes de cruzar la puerta del galpón, frente a todas las Cholas que, intrigadas, no le sacaron los ojos de encima.

Capítulo 4

Alerta

FUGA MASIVA DEL PENAL DE MUJERES

Nº10: HAY GUARDIAS MUERTOS

Se solicita a la población máximo estado de alerta ante la fuga masiva de reclusas pertenecientes al penal Nº10 situado en la antigua ciudad de Resistencia.

En la noche del miércoles las reclusas de dicho establecimiento se alzaron contra las fuerzas de la seguridad encargadas del predio causando muertos, heridos y serios destrozos.

El motín comenzó pasadas las 22 hs., cuando los oficiales se disponían a hacer el cambio de guardia. Fue en ese momento, cuando las rebeldes redujeron en forma masiva y atropellada a los guardias, dispuestos en el acceso, y se fugaron violando los controles de seguridad.

La brutalidad y la saña de estas mujeres además, causó

la muerte de diez oficiales, siete oficiales heridos de gravedad y serios daños en las instalaciones, provocados por un incendio ejecutado en los vehículos de los efectivos y en las oficinas administrativas, donde se encontraba documentación y expedientes relacionadas a sus causas delictivas.

Además, en el disturbio, se produjo el deceso de alrededor de cincuenta agitadoras.

Al respecto, el CEO Rodolfo Vidal, a cargo del operativo para restituir el orden, afirmó en el día de hoy

por conferencia de prensa, que serían unas doscientas las reclusas que se dieron a la fuga.

“Estamos hablando de mujeres sumamente peligrosas, en su mayoría acusadas de asesinato, subversión o actos terroristas. Por lo que solicitamos a toda la población de la zona a que, ante cualquier situación extraña, dé conocimiento a su centro de seguridad más cercano”. Así mismo, y pese a lo mencionado aclaró que: “queremos acercar tranquilidad. Ya que consideramos que las reclusas se dirigen al paso

fronterizo y no se acercarán a los territorios habitados. Estamos reforzando fuertemente la seguridad en la frontera y en el área afectada”.

Al respecto de los oficiales muertos en servicio dijo: “nos estamos ocupando y dando contención a sus familias. Más que nada queremos asegurarles, tanto a los familiares como a toda la población en general, que se va a hacer justicia”. En cuanto a las rebeldes confirmó que “se desconocen las identidades de las reclusas abatidas durante el levantamiento”.

Capítulo 5

Quisiera poder guardar este momento en mi cabeza para siempre. Las sensaciones que corren por mi cuerpo, la adrenalina en mis venas que hace latir mi pecho con furia al escuchar un ruido extraño en la noche. Pero todo lo que hay acá es extraño para mí. Estoy en El Impenetrable. Nunca había escuchado sobre este lugar hasta anoche, cuando entre corridas y caídas supe que acá era a donde nos refugiaríamos.

Cómo llegué acá es algo que no dejo de preguntarme.

Todo, absolutamente todo lo que me ha pasado desde ayer no podría contarlo en estas páginas.

Cuando Hebe descubrió mi diario de servilletas me vi muerta, Olvidada para siempre. Pero no sé qué pasó por la cabeza de Hebe al leerlo, no sé qué tuve que ver con lo que está pasando, pero algo, puedo decir, se despertó en Hebe a partir de eso.

Sólo puedo decir que todas nos escapamos, dejamos atrás a los guardias, las rejas y ahora

estamos rodeadas de la selva más espesa que nunca podría haber imaginado.

Los rumores del escape comenzaron a circular a la tardecita por los pasillos, entre las camas. Decían que teníamos que estar preparadas, que nos armemos con lo que sea, que carguemos lo necesario, era esa noche.

No podía entenderlo. Creo que nadie entendía; pero tampoco hacíamos preguntas. Después empezaron los gritos, las avalanchas hacia la entrada, y me vi corriendo, envuelta en gritos, disparos, más gritos, empujones, manos y pies por todos lados, caras desconocidas corriendo al lado mio, olor a quemado. Eso es todo lo que puedo decir. No hay coherencia en mis recuerdos, todo pasó en un abrir y cerrar de ojos.

Sólo recuerdo volver a ver el horizonte, inmenso, interminable frente a mis ojos. Corrimos hasta quedarnos sin aire y así nos fuimos metiendo en la selva, cada vez más espesa, las ramas golpeando

nuestro cuerpo, nuestras caras y nuestros pies hundiéndose en el barro, en las hojas, hasta que nos detuvimos, nadie venía atrás nuestro.

Ahora esta selva, con sus peligros y sus bestias, es nuestro refugio, donde estamos seguras y donde comienza un nuevo capítulo.

Estoy escribiendo bajo la luz de una antorcha hecha con una rama y retazos de tela. No queremos llamar la atención con más luces, pero tampoco podemos hundirnos en la oscuridad de este lugar donde no se ve a más de tres metros. La mayoría de las mujeres se sentaron a descansar, duermen espalda con espalda. Otro grupo está sentado en círculo y siguen debatiendo qué vamos a hacer, a pesar de que todas, o más bien cada una, ya sabe qué es lo que va a elegir.

Una vez que decidimos parar comenzaron a surgir las dudas y algunas se desesperaron, imaginándose cazadas por los guardias. Pero Hebe y la Chola nos hablaron: ya tenían un plan.

Van a haber dos grupos, pero ya no van a estar divididos entre Locales, ancianas o Cholas. Ahora nos separamos en: las que buscarán cruzar la frontera para exiliarse en Paraguay o las que irán hasta La Perla. Resulta estúpido decirlo y de hecho pensarlo, estamos tan cerca de lograr el exilio, de empezar una nueva vida, pero sin embargo esa no va a ser mi elección, ni tampoco la de algunas otras.

Ambas dejaron en claro que no es una cuestión de nacionalidad, no es territorial. Todas las que quieran exiliarse irán con la Chola y cruzarán El Impenetrable hasta llegar a Paraguay donde podrán comenzar de nuevo y no tienen posibilidad de ser extraditadas. El resto, junto con Hebe, irá a luchar a La Perla y, si bien no somos muchas, me enorgullezco de ir con ese grupo, con el que no comparto territorio, ni experiencias de vida, pero comparto el deseo de luchar por algo más grande, algo que trascienda nuestras vidas.

Pero qué puedo decir yo que no haya dicho Hebe con sus palabras. Al escucharlas me pusieron la piel de gallina. Por eso las transcribí lo más fielmente que pude con el fin de guardarlas para siempre en mi memoria, en algún lugar recóndito donde nunca puedan ser Olvidadas, destruidas.

“Compañeras, queridas compañeras, cuando decidimos irnos, revelarnos contra ese infierno en el que vivíamos, muchas tuvieron miedo, muchas compañeras no pudieron, nos las arrebataron.

Pero nosotras no queremos más esto, nosotras queremos ser libres, y nunca nos iban a dejar ser libres, por eso fue que tuvimos que irnos, y ese fue el precio que tuvimos que pagar y que tenemos que pagar. Porque esto no termina acá.

Los tiempos que vienen son difíciles, otras vamos a quedar en el camino. Pero algo sí sé: todas vamos a morir en libertad.

Y puede que ahora nos vengan con que quieren

que nos entreguemos, que quieren arreglar, nos pueden prometer lo que quieran. Pero estos tipos poderosos son los que golpean a las pibas, los que las torturan en las cárceles, los que nos robaron todo lo que algún día tuvimos.

Nosotras somos las verdaderas dueñas de esta tierra, nuestras manos los hacen ricos y sin embargo ellos nos explotan, nos torturan, y nos roban lo que no hace libres. Pero no más. No les vamos a permitir otra muerte, otra condena.

A mis hijos se los llevaron porque querían un País mejor, los hicieron Olvidados, pero yo no los olvido. Hacen ya más de treinta años que estos tipos transforman en Olvidados a hombres y a mujeres para inculcar el miedo, para que nadie luche. Pero qué mal que lo pensaron, no pensaron en nosotras.

Y yo no sé qué es lo que van a decidir a partir de esta noche cada una de ustedes. Son libres de decidir sobre su destino, pero sepan y tengan una cosa muy en claro, que yo no voy a escapar con

la cola entre las patas, yo voy a ir a donde está lo podrido, a donde señalan con el dedo y eligen quién vive y quién no, porque es ahí, en La Perla, en el medio de su nariz, donde los pueblos se liberan, no hay otra manera de conseguirlo, la libertad no se negocia en los escritorios, se encuentra luchando en la calle. Eso me lo enseñaron mis hijos.

Ahora llegó el momento de que luchen, de que peleen por lo que tienen, no se callen, no negocien, no agachen la cabeza. Sean rebeldes, defiendan la vida de la otra con la de ustedes que es la mejor manera de vivir.

Yo sé, entendí, que este es el camino. Aunque seamos de diferentes países o sectores, todas somos las sin trabajo, las oprimidas, pero también las que con nuestras convicciones vamos a cambiar nuestro destino. Y es esa rebeldía la que nos tienen que unir.

Una revolucionaria tiene que ser entera, una revolucionaria que se hace desde abajo porque sufre,

una revolucionaria es la mujer nueva, la que quiere transformar. Y yo digo que nosotras somos eso: somos revolucionarias.

No seamos más Olvidadas, encendamos la chispa, hagamos que nos conozcan y vivamos para siempre en la memoria de las que vienen después de nosotras”.

Capítulo 6

Al amanecer Débora abrió los ojos y se sobresaltó al no reconocer el lugar en donde estaba, pero se tranquilizó al ver a Susi dormida contra su hombro. Le dolía el cuello y sintió que tenía la bermuda mojada por el rocío.

Hebe, apoyada contra un árbol mohoso, miraba detenidamente a la Comunera que empezaba a levantarse, despacio. En su rodilla tenía sangre seca y parecía dolerle.

—¡Por fin! —les dijo Hebe al ver que Susi se empezaba a desperezar.

Las Cholas, junto a algunas Locales, tomaban del agua que se escurría sobre unas grandes hojas.

—¡Metanle! ¡Arriba! —volvió a decirles Hebe— que ya arrancamos para el río —y les acercó un puñado de bolillas negras.

—¿Qué se supone que es esto? —preguntó Susi con cara de desconfianza mientras hacía girar una entre sus dedos.

—Las Cholas dicen que se comen, no sé como

las llaman —contestó Hebe metiéndose un puñado en la boca.

—¡Son re ácidas! —dijo Susi escupiéndolas.

—¡Dejate de joder y comé! Que después cuando tenés hambre no te aguantas ni vos —le dijo Débora poniéndose de pie y acercándose a la Comunera.

—¿Querés?

La Comunera agradeció con la cabeza e intentó dar un paso, pero un punzante dolor en la rodilla le hizo soltar un alarido.

Débora se agachó mirando la herida— es un raspón, pero te debe doler el golpe, fijate que tenes un moretón.

—No sé cómo pasó. Debe haber sido cuando salimos corriendo.

—Tomá, lavate un poco y tratá de caminar. Que si te quedas sentada te va a costar más después caminar hasta el río —le aconsejó acercándole una hoja con agua de rocío.

—¡Pibas, las que vienen conmigo juntense acá!

—gritó Hebe y el tumulto de Locales se dispersó. Todas, excepto unas seis mujeres, se fueron hacia donde las Cholas recolectaban provisiones. Por años habían sobrevivido bajo el ala de Hebe, pero ahora querían buscar su libertad yendo a la frontera. Débora la miraba atentamente, esperando ver en sus ojos la decepción de tanto abandono. Sin embargo Hebe sonreía.

—Compañeras, somos las que tenemos que estar. Si alguna no está convencida todavía está a tiempo.

Hebe seguía hablando y Débora miraba cada uno de sus movimientos, pero no la escuchaba, sabía que Susi a su lado se aguantaba el enojo, por eso, cuando Hebe ordenó separarse del resto para emprender el viaje le dijo sin mirarla:

—Tenes que entender que la Comunera va a venir con nosotras. Se terminaron las divisiones, todas buscamos lo mismo.

—Te equivocas. Para mí no deja de ser una

Comunera, sólo viene para volver con sus compañeros de La Comuna. ¿Me vas a decir que realmente piensas que quiere lo mismo que nosotras? —contestó Susi antes de irse a despedir a las Casanovas que iban a escapar junto a las Cholas.

Débora miró la selva y deseó que la libertad le durase más que ese momento. Las tripas se le revolvían al pensar que podían ser atrapadas, cazadas y Olvidadas de nuevo. Esa era una sensación que supo, la iba a acompañar el resto del viaje. Sacudió la cabeza, y decidió no pensar más en eso. Se concentró en los rayos del sol que atravesaban el follaje, como hilos brillantes que apuntaban una hoja, un tronco y la mejilla rosada de la Comunera que, contra un árbol, esperaba la orden de Hebe para emprender el viaje al río.

Hacían varias horas que Carmen silbaba y, con un machete de chapa improvisado, cortaba la

maleza para abrirles paso a las mujeres que, en grupos de a dos, la seguían en fila.

De vez en cuando agitaba la mano, todas se quedaban quietas y ella escuchaba detenidamente, mientras todas, en silencio, miraban a su alrededor sin ver más que ramas y plantas pegadas a sus cuerpos. Después Carmen volvía a silbar su canción, indicando que todo estaba bien y podían seguir.

Detrás de Carmen, Hebe y la Comunera charlaban por lo bajo y Débora, que caminaba detrás de éstas junto a Susi, trataba de entender qué decían.

—Transcribí lo que dijiste el otro día. Me sorprende que no hayan venido más compañeras.

—Acá están las que tienen que estar. Si hubiésemos sido más sería mucho más difícil llegar hasta allá.

—Igual quién va a pensar que podríamos querer ir a La Perla.

—Como dije, no pensaron en nosotras —contestó Hebe sonriendo— igual hay que ser muy precavidas. Si llamamos la atención, si sospechan, lo que sea, no vamos a poder llegar nunca.

Débora miró a Susi, que cada vez suspiraba más fuerte.

—¿De dónde salieron estas Cholas? Ahora ya podrían hablar en español —comentó Susi por lo bajo para que las Cholas, que venían detrás de ellas hablando en quechua, no la escucharan.

—Vaya una a saber qué dicen —respondió Débora levantando los pies para esquivar unas ramas.

—Es raro que hayan venido con nosotras. ¿Sabés quiénes son? —preguntó mirándolas disimuladamente.

—Según me contó Hebe eran matonas. Pero no mataban a cualquiera. Sólo a tipos importantes. Primero simulaban un secuestro, los torturaban y cuando cobraban el rescate, los desmembraban

para mandárselos a la familia —contó Débora, viendo cómo Susi tragaba saliva y se ponía pálida de imaginarlo.— Se comenta que a uno le abrieron el pito en cuatro —dijo sonriendo.

—¡Basta, no quiero saber! —respondió Susi caminando más rápido para alejarse de ellas.

—Si las hubieras conocido antes capaz te hubiesen ayudado a capar a tu machito.

Susi se detuvo y la miró con su cara de enojada, abriendo exageradamente los orificios nasales.

—¡Sh! ¡Sh! —hizo Carmen quedándose inmóvil y haciendo que el resto la imite— ¡Escucho el río!

—¡Ustedes quédense acá! —ordenó Hebe— Carmen, Débora, acompañenme.

Débora siguió a Hebe pero antes miró a Susi, que parecía espantada al tener que quedarse con la Comunera y las Cholas a esperar.

El Paraná corría rápido frente a sus ojos.

Detrás de los pastizales las tres observaban a los hombres que acababan de llegar a la orilla en un bote de madera y arrastraban una red fuera del agua hacia los ranchos.

Débora vio como los peces saltaban atrapados por la red y trató de recordar cuándo había sido la última vez que comió pescado. Tal vez fue en su casa, en ese chalet de dos plantas con olor a madera. Quizás fue esa noche en la que todo se le fue de las manos y su mundo le cayó como un balde de agua fría; cuando supo que sus padres no eran sus padres, y ese hombre al que tanto odiaba, era el responsable de que sus padres, sus verdaderos padres, fuesen Olvidados, incluso para ella. Todavía de grande, hacía el esfuerzo por recordarlos, los imaginaba en la mesa, acompañándola a la cama y trataba de inventarles rostros, rostros que no fuesen parecidos a los de sus apropiadores.

Tal vez esa noche, cuando lo supo todo, fue la última vez que comió pescado. Y si bien recordaba ese día todos los días, nunca se había puesto a pensar en eso.

—Merluza a la provenzal —susurró Débora, sin darse cuenta que pensaba en voz alta.

—¡Sh! No hay tiempo para eso piba —se quejó Hebe.— Volvamos con las demás. Hay que esperar a que oscurezca y a que estos se duerman para irnos en el bote. Eso sí, nadie puede dejar huellas ni sacarles nada. Tienen que pensar que se lo llevó la corriente.

Débora buscaba el sol. Trataba de verlo en su totalidad, pero era imposible ver su forma redonda entre los árboles. Intentaba saber qué hora era, cuánto faltaría para el anochecer. Pero la ansiedad le hacía creer que las horas se habían detenido

esa tarde.

Susi se había dormido apoyada en sus muslos, después de haberle hablado por horas de su emoción por regresar a Casanovas; volver a ver a sus compañeras, volver a verse rodeada de plumas y gibré, entre camarines y pelucas ostentosas. Pero Débora no estaba ni un poco emocionada al respecto. El sólo hecho de pensar a Susi de nuevo rodeada de su mundo, de su gente, de personas que nada tenían que ver con ella, con lo que habían construido juntas, le revolvió las tripas.

Pensar que fue ahí donde Susi se enamoró, fue ahí donde tenía sexo salvaje, sin tabúes, sin prohibiciones; era en ese lugar donde muchos otros habían tocado su piel, donde le habían lamido hasta los pliegues más recónditos de su cuerpo y donde también le hicieron tanto mal. No entendía cómo le emocionaba la idea de regresar a donde la habían ultrajado, donde su voluntad y su decisión

de hacer con su cuerpo lo que quisiese se vio limitada, coartada, cuando quedó embarazada y la obligaron a abortar.

Definitivamente Susi era otra Susi en ese mundo, una que ella no conocía, una extraña. Y su miedo era ese, ver en ella algo que no había visto o conocido hasta el momento. Era por eso que estaba de mal humor, rompiendo ramitas en pequeños trozos. Y si bien quería que las horas pasasen para poder partir en el bote, no quería llegar a Casanovas.

Por un momento se detuvo a pensar cuál hubiese sido la vida ideal entre las dos. Tal vez si se hubiesen escapado al Paraguay podrían haber empezado todo de nuevo, hubiesen dejado atrás tanto encierro y una vida miserable. Pero ella nunca, pero nunca, hubiese dejado a Hebe sola y, por más que tenía su convicción y creía en la lucha, le hubiese gustado que todo fuese diferente. Aunque eso fuese una utopía.

Se sacudió la tierra de las manos y miró a su alrededor. Las Cholas junto a Carmen y Hebe afilaban palos secos, como si fuesen lanzas, contra el machete de chapa; y la Comunera, como siempre, tenía en su falda un papel al que rayoneaba con un lápiz.

—¿Qué haces?

—Dibujo —contestó remarcando líneas sobre el papel arrugado.

—¿Puedo ver?

La Comunera levantó la vista hacia ella, se encogió de hombros y le pasó el papel.

—¿Qué es esto? ¿Colmar? —Débora miraba el escudo y lo daba vueltas de un lado al otro.

—Es lo que somos. Un COlectivo de Mujeres ARMadas: COLMAR.

Débora se rió.

—Sí, armadas con palos y un machete de chapa oxidada.

—Es el principio. Además nuestro fin es otro, es

colmar. Te lo regalo si querés.

Débora lo miró detenidamente, lo volvió a girar y, cuando Susi empezó a despertar lo guardó en su bolsillo.



La luna parecía teñir el Paraná de plateado y las ondas que formaban los remos a su paso brillaban

como pequeños destellos sobre el agua. La noche era clara y Débora llegó a ver cómo se alejaban del Impenetrable, con sus árboles inmensos que parecían nubarrones a la distancia, una oscuridad profunda que iba quedando cada vez más lejos para abrirles camino a un río teñido de plateado brillante, y supo en ese momento que era libre, pero no estaba feliz por ello. Era una libertad a medias. Estar en ese bote era su elección pero no lo que hubiese querido para ella, para ninguna de todas esas mujeres que se aventuraban a la desgracia y al suicidio.

Ninguna hablaba, sólo escuchaban el agua chocar con fuerza contra el bote que se mecía de un lado a otro, y su estómago, no paraba de retorcerse entre el hambre y los nervios, hasta que un gusto amargo le inundó la boca y su panza se comprimió obligándola a abalanzarse contra el borde del bote para lanzar sobre el agua un vómito caliente y espeso.

Capítulo 7

“Que semana hemos pasado. Sé perfectamente todas las cosas que deben estar pensando y sintiendo, y las sé porque yo también las siento. Por eso voy a explicarles por qué estamos pasando por esto. Por qué parece que, cuando veníamos bien, sentimos que volvemos para atrás. Y les voy a hablar desde el corazón, con la verdad, como siempre lo hice y también con la convicción de que si seguimos por este camino vamos a lograr ese País que soñamos desde hace mucho, mucho tiempo”.

El Mandatario se erguía detrás del estrado, sólo se le podía ver el cuello de camisa sujetado por una corbata dorada y su cara afligida, de cejas contraídas.

“¿Se acuerdan que hace un año convoque a una junta a los principales comandos y a sus dirigentes para asegurar y resguardar nuestra seguridad nacional? ¿Para comprometernos en trabajar juntos

contra la subversión y quienes quieran perjudicar nuestro País?”.

Tomó un trago de agua de la copa y volvió a dejarla sobre el estrado.

“Todo lo que nos pasó en estos días muestra que esos consensos son más urgentes que nunca. Por eso, quiero renovar mi compromiso e invito a todos, pero no sólo a los dirigentes, a todos los que conformamos este País, a comprometerse”.

El Mandatario levantó las manos y dejó a la vista sus gemelos de oro prendidos al puño del saco.

“Si bien a partir de estos hechos pareciera que se desataron todas las tormentas juntas, no vamos a perder las esperanzas. Es sólo un grupo reducido que será controlado más pronto que tarde y no vamos a permitir que le hagan daño al País que soñamos. No

vamos a convivir más con la subversión. El camino a recorrer siempre fue difícil y como en todo camino difícil hay avances y retrocesos, no es lineal”.

Miró a la cámara y luego giró su cabeza hacia la izquierda para dirigirse a la otra cámara.

“Todos venimos luchando contra esto hace tiempo y sabemos que erradicarlo iba a costar, no lo podemos arreglar de un día para otro. Hubo que tomar decisiones que parecieron antipáticas, como por ejemplo los controles en el transporte hacia La Perla: sabemos que puede molestar que no todos puedan ingresar a la Capital, pero tenemos que hacer esfuerzos, entender que esa es una manera de frenar a estos subversivos”.

Hizo una pausa.

“Esto que nos está pasando, pasa porque estos

grupos ven que nuestro cambio es profundo”.

El Mandatario sonrió a la cámara.

“Cuando nuestros antecesores emprendieron el camino de las divisiones territoriales y la reorganización nacional del trabajo, nos demostraron que podíamos sacar el País adelante. Fue ahí cuando el mundo empezó a vernos de un modo diferente. Y yo sé que estamos haciendo las cosas bien y ellos también lo saben, pero nuestras decisiones y el hecho de que reconstruyamos el País, los perjudica. De no haber sido por nosotros, podríamos haber terminado siendo como esos países gobernados por guerrillas que hoy son un foco de conflicto mundial, donde nadie puede vivir en paz y feliz”.

Volvió a sonreír hacia la otra cámara.

“Si yo pudiese, haría una ley que dijera que todos

seamos felices, y juro que ese es mi fin mayor. Mi más alta expectativa. Sólo les pido tiempo y esperanza. Porque juntos, juntos podemos. Si se puede. Muchas gracias”

La cámara cambió de plano.

—Este tipo es un pelotudo —dijo Sasha acomodando sus tetas en el corpiño de encaje rojo.

—¿Y qué esperabas mami? Se le está llenando el culo de preguntas. ¿Sabes cómo lo debe tener toda la creme de La Perla? Me las imagino a todas esas videttes, putitas de café con leche, cagadas en las patas —respondió la One recostandose en su diván animal print.

—Me encantaría que les metan alta bomba mirá y los hagan volar a la re mierda.

—No tientes al diablo mami.

La One volvió a mirar en dirección a la tele-

visión. Desde esa distancia le costaba distinguir a las personas que posaban frente a las cámaras y pensó en cómo le había pasado el tiempo. Pronto se cumplirían cuarenta años desde que había llegado a Casanovas, con sus recién cumplidos dieciocho y la seguridad de que ella no trabajaría en el campo, no andaría caminando entre la mierda y el barro; con la convicción de que trabajar de su cuerpo le permitía ser libre. Ella no iba a cumplir el mandato de lo que nació para ser, no iba a morir el La Ollada: ella quería plumas, quería satén y gloss. Esa fue su elección, y siempre supo que fue lo mejor que hizo. Después llegaron otras cosas. Cosas que tal vez no eligió bien. Cosas que le pesaban por dentro y no tenían que ver con ella, o tal vez sí. Porque sus chicas, sus amorosas, siempre fueron su responsabilidad, y una responsabilidad que muchas veces no pudo controlar o manejar bien.

Siempre hizo lo que tuvo a su alcance, pero hasta ella, hasta la One, la queen de Casanovas, tenía que

ceder y bajar la cabeza. La única manera de perdurar y de seguir teniendo el control de la ciudad, de todo lo que pasaba en su ciudad y con sus chicas, podía borrarse con el codo si no se arrodillaba ante quien debía hacerlo.

—¿Escuchaste? —preguntó Sasha después de explotar su globo de chicle.

—Fue en la cocina ¿o no? Todavía sorda no estoy mami —respondió la One atándose el kimono de seda a la cintura.

Sasha corrió hasta resguardarse detrás de ella y se agarró temerosa de un pliegue del kimono.

—¡Pero soltame boluda! Pareces una nena ¿Quién mierda va a entrar a casa así? Debe haber sido el viento, o la gata. Seguro fue la gata que se mandó alguna cagada mirá.

—¡Ay no! ¿Escuchaste? Otra vez ¡Hay alguien! Te juro que hay alguien.

La One le chistó hasta callarla y caminó despacio por el pasillo en puntas de pie. Sasha seguía agarrada del kimono y le respiraba aliento tuti fruti en la nuca.

De repente sintieron otro estruendo y pasos en la cocina. Entonces la One metió su mano por debajo del kimono, sacó su revólver de bolsillo y apoyó la espalda contra la pared. Se asomó por la puerta, intentando espiar en dirección hacia los ruidos, cuando de repente, se encontró con otro rostro que hacía exactamente lo mismo del otro lado.

—¡La recontra concha de la lora! —gritó la One espantada.

—¡Soy yo!

—¿Susi? ¿Sos vos? ¿Pero qué mierda te hicieron en el pelo? ¿Qué haces acá? ¿Y estas?

La One supo que Susi no sabía por qué pregunta empezar. La vio tartamudear un par de veces hasta que le dijo:

—Te necesitamos para llegar a La Perla.

—¿Pero cómo se les ocurre venir acá? Sabes

que nos vigilan todo el tiempo, no hay pete o cogida que ellos no registren. Nadie entra y sale de Casanovas sin que se enteren. ¡No entiendo cómo pensaste que podían venir para acá! —le dijo la One caminando de un lado al otro del cuarto. De vez en cuando se paraba contra la ventana y espiaba tras el pesado cortinado de terciopelo.

—Sé que no nos equivocamos en venir a verte. Lo sé. Y no te preocupes, sabes que sé cómo entrar o salir sin que ellos sepan.

—Mirá si no los voy a saber. Así te fue la última vez también —respondió nerviosa la One haciendo que Susi se calle y mire al suelo, como una nena que sabe que se mandó una y decepciona a su madre— ¿Y ellas?

La One miró a Débora que replicaba los pies nerviosa contra el parquet; a Carmen y a las Cholas, que serias analizaban la escena desde una esquina; a la Comunera que dibujaba en un papel y a Hebe, que la miraba detenidamente de la

cabeza a los pies.

La One se sintió incómoda, no le gustaba que Hebe se detenga a mirarla. Sabía perfectamente simular, agradar, y sentirse poderosa frente al resto, pero con Hebe había algo que no la dejaba ser así. Se sentía intimidada ante sus ojos rodeados de arrugas profundas, sin maquillaje.

—No venimos a meterlas en problemas. Sólo necesitamos hacer base antes de seguir nuestro viaje —dijo Hebe buscando coartar el reto que veía venir hacia Susi.

—Evidentemente no estás teniendo en cuenta que ya estamos en problemas. Que ustedes estén acá ya es un gran problema —dijo la One tratando de no mostrarse exaltada. Había empezado a enojarse y ella sabía bien qué pasaba cuando se enojaba y soltaba su lengua karateka: ahí todo se iba a la mierda.

—Yo sé que vos nos podés ayudar —le suplicó Susi.— Por favor, sé que no me vas a fallar.

—Seguramente no te falló antes cuando más la necesitabas— balbuceó Débora que seguía repicando los pies.

—¡Callate boluda! —le dijo entre dientes Susi.

—¡Dejala que hable! —dijo la One.— Sé que te debo. Sé que podría haber hecho más por vos. Sabes que te adoro mami y sabes que me estás poniendo contra la pared a mí y a todas las chicas. Pero por ellas, por todas las que no están y por vos, las voy a ayudar. No sé por qué van a La Perla o más bien sí, me imagino, pero no quiero saber nada —la One se acercó a Susi para abrazarla.— No voy a formar parte de esa decisión que tomaste. Pero las voy a ayudar. Eso sí, bañense por favor les pido porque las van a oler a kilómetros —remató frunciendo la nariz.

Capítulo 8

Ya llegamos a Casanovas. Pasamos toda la noche en un bote de dos por dos. Ninguna durmió en el trayecto. Todas estábamos atentas a cualquier luz que apareciera en la orilla del río, cualquier sonido extraño que no sea el del agua estallando contra el bote.

Susi hizo que nos detuvieramos un par de kilómetros antes de llegar a la ciudad, escondimos el bote entre unos pastizales y caminamos por el campo evitando cualquier choza. Susi nos guiaba de un lado a otro y yo no paraba de pensar en que eso era algo que ya había hecho muchas veces. Se ve que las cosas no cambian con el tiempo en Casanovas, todos sus movimientos estaban calculados.

El hecho de que fuese previo al amanecer también nos dio mucha ventaja al llegar a la ciudad. Caminamos por los callejones (hacia muchísimo tiempo que no sentía la irregularidad de los adoquines bajo mis pies), caminamos bajo

la penumbra de faroles, esquivamos grupos de hombres que reían y se abrazaban al salir de los bares, pero nadie nos veía, estábamos sumidas en la más profunda oscuridad: en Casanovas nadie nos esperaba. Dentro de las casas podía sentirse todavía la música sonando, el baile, el olor a alcohol y a sexo; gemidos que se escabullían desde las ventanas iluminadas por luces rojas, hasta que llegamos a una casona vieja de dos plantas. Fue ahí cuando, después de saltar un paredón, Susi se acercó a la puerta trasera y sacó de debajo de un enano de jardín con la pija parada, una llave. Definitivamente nada, absolutamente nada ha cambiado acá a pesar del tiempo. Y creo que a ella le gustó sentir que todo estaba como si nunca se hubiese ido, como si nunca hubiese estado por años encerrada y Olvidada, y su hogar hubiese estado ahí, a la espera de que ella volviese a buscar la llave de debajo del enano.

Fue entonces cuando conocí a la One, cuando

esta nos apuntó espantada con un revólver diminuto que seguramente esconde entre sus tetas gigantes. La One es una mujer de unos cincuenta años con pelo lacio, negro y brillante (todavía no puedo darme cuenta si es una peluca o es de verdad). Camina moviendo las caderas de un lado a otro exageradamente pero no pisa fuerte, es como si flotara sobre sus tacos aguja y mueve las manos con mucha delicadeza. Tiene las uñas más largas que he visto, con piedras de colores incrustadas y me pregunto cómo hace para masturbarse, para meterse un dedo en la nariz, o para agarrar cosas pequeñas. Pero ella parece llevarlas como si nada, y creo que si se las cortase sentiría las yemas de sus dedos sensibles y vulnerables.

Al principio estaba enojada, sin embargo accedió a ayudarnos y, por lo que la escuché hablar con Susi y Hebe, va a darnos algunas armas. Y que ellas tengan armas me hace dudar un poco: ¿cómo es que los de arriba les permiten

estar armadas? porque ellos saben que las tienen. Aunque si lo pienso, puede ser que ellas hayan logrado ablandar, o más bien dicho endurecer y hacer gozar, a muchos de estos tipos. Y si hay algo que lograron con el sexo, con sus ojos de gatas, con sus pieles aceitadas y con sus lenguas penetrantes fue eso, fue así que han podido conseguirlo todo, o casi todo. Porque si bien ellos controlan y saben todo lo que pasa acá, no quieren correr riesgos de que algo “malo” les pase a sus chicas de fin de semana, con las que no hay tabúes, con las que hay fiestas y orgías y lenguas y geles y babas chorreantes.

Ahora seguimos refugiadas en la casa de la One donde, después de muchos meses, pude volver a ducharme con agua tibia y debo admitir que se sintió tan, pero tan bien. Lo que me causa gracia es vernos a todas “disfrazadas”, porque obviamente no podemos ponernos la ropa que traíamos, no podemos llamar la atención, hay que estar

preparadas ante cualquier cosa, por más que no salgamos de esta casa.

A la que no le divierte mucho estar con un conchero brillante es a Débora. Ella es la única que desde que llegamos no se rió de nada de todo esto. Porque después pareciera que todas (hasta Hebe) nos olvidarnos de nuestra lucha, de nuestro destino, y nos permitimos encontrarnos envueltas en boas de colores y batas de saten.

Por lo que hablamos no vamos a estar mucho tiempo, sólo esta noche y la tarde de mañana, porque antes del amanecer, volveremos a salir. Buscaremos el bote y navegaremos hasta La Comuna. Y si bien no tendría que estar tan entusiasmada por llegar, no puedo más de las ganas de volver. Ojalá todo allá esté también como si nunca me hubiese ido. Mis compañeros, mis calles, mi llave debajo del enano de jardín, aunque nunca tuve un enano de jardín.



Capítulo 9

Susi se desperezó y sintió la suavidad de las sábanas contra sus piernas recién afeitadas. Hacía tanto tiempo que no dormía tan bien que le dio pereza tener que levantarse de la cama, pero Débora estaba sentada a sus pies y sabía que las cosas no estaban bien entre las dos.

—Buen día hermosa —le dijo saludándola con un beso en el cuello— ¿Estás bien?

—Sí, tranquila —dijo ella.

Susi se rió al darse cuenta de que Débora se había sentado en la cama después de varios intentos fallidos por ponerse el body de red, que se le había enganchado en los dedos de los pies.

—¡Déjame que te ayude boluda! —dijo riendo.

—No puedo entender cómo se ponen estas cosas, osea, tienen un montón de cintas y agujeros y mierda. Todo esto es una mierda.

—Bua. Se aprende, como todo. Primero ponés el pie así, después subís, ahora el brazo, el otro, y listo. Ahora date vuelta que te lo ato.

Susi vio como Débora la miraba desnuda. Le miraba los pezones que se habían endurecido después de haber salido del calor de la cama y la agarró de la nuca. Sus dedos se enredaron en su pelo y su lengua se retorció dentro de su boca. Pero la puerta se abrió y alguien se aclaró la garganta.

—Perdón que las interrumpa pibas —dijo Hebe; tenía una bata floreada y el pelo peinado con grandes ondas.

—Ey, amorosas —dijo la One acercándose también a la puerta— dejen eso para después que estamos todas esperándolas para comer.

—Ya la escucharon ¡Metanle! —agregó Hebe antes de seguir a la One hasta el comedor.

—Después nos hacemos un espacio para nosotras hermosa ¿Dale? —dijo Susi tratando de conformar a su novia. Y si algo sabía hacer Susi era conformar a cualquier persona, en cualquier lugar. La miró fijo, a los ojos, presionó sus tetas contra las suyas y le dijo— terminamos de comer y no tenés ni idea de todas las

cosas que tengo pensadas hacerte. Sos lo más hermoso que hay.

Después le dio un mordiscón en el labio de abajo, haciendo que Débora al fin sonría.

—Me visto y voy. Andá bajando si querés.

Susi abrió el ropero y se paró desnuda frente al espejo. Se miró a los ojos y se dio cuenta que la One tenía razón, algo le habían hecho en el pelo, no era como antes. Hacía muchísimo tiempo no veía su propio reflejo y sintió como si se hubiese vuelto a encontrar consigo misma. Pero ella no era la misma de antes aunque ahí siguieran sus curvas hermosas. Le encantaba su cintura, el pliegue que formaban sus tetas al caer sobre su pecho, sus pezones oscuros y su panza. Aunque si miraba su panza detenidamente no podía evitar pensar en qué hubiese sido si no le hubiesen arrebatado el derecho a tener su bebé. Respiró profundo, descolgó una bata de la percha y cerró la puerta del placard.

—Porque sí, ella vivió siempre acá. Vino con su mamá cuando se le murió el marido. Después murió su mamá también. Que la santa la tenga en la gloria —dijo la One simulando hacer una señal de la cruz.— La mamá era una diva, pero con todas las letras. Todos los señores querían con ella, tenía ángel. No sé cómo decirlo de otra manera —hizo una pausa.— Para cuando murió ella era muy chica, obviamente que no trabajaba. Pero eso sí, andaba entre los camarines todo el tiempo, ya de pendeja me robaba las cosas. Una vez la encontré con un conchero (no digo en tetas porque no tenía ni tetas) y toda dragueada, con peluca y todo. Un espanto de pendeja.

—Deja de hablar de mí vos —le dijo Susi a la One que todavía no había empezado ni a comer. La única que la escuchaba atentamente era Hebe que, sentada a su lado y con ese peinado,

parecía una Casanovas más. Del otro lado de la mesa, Carmen y las Cholas devoraban la comida mientras Débora revolvía la ensalada de un lado al otro. En cambio, la Comunera, todavía no había ni mirado hacia su plato: cuchicheaba con Sasha mientras esta le acariciaba un mechón del pelo.

—Tené cuidado Comunera, vos. Porque ésta no es así de simpática porque sí, eh. Ésta a todo lo cobra caro. Carito, carito —dijo Susi.

—Ocupate de vos y de tu nena mejor, hermosa —respondió Sasha mientras que la Comunera, sonrojada, agarraba sus cubiertos.

—¿Por qué no se dejan de joder las dos que ya las conozco? —explotó la One.

—Tranquila, vos relajá —dijo Susi, tirando un beso al aire en dirección a Sasha, quien respondió con un gemido cortito y agudo.

—Si, relaja, relaja. Me decis eso sabiendo que tengo una pija gigante en el culo desde que llegaste. Además ya las conozco muy bien —

dijo exaltada la One. Después miró a Hebe a los ojos.— Sólo me faltó parirlas mira, y menos mal que no fue así —pinchó por primera vez algo de su plato— No, en serio. Me gané dos hijas de la nada sin que se me haya movido un músculo de la vagina. Soy tan suprema que hasta para eso mirá.—después se metió un tomate cherry diminuto en la boca y preguntó a la mesa en general— ¿En qué estábamos?

Entonces se escuchó el timbre. La One y Sasha saltaron de sus sillas y las demás, petrificadas, las miraron esperando indicaciones.

—Sasha andá, atendé vos. Fijate quién es y qué quiere. Quien sea que espere ahí, decile que estoy en mi cuarto. Vos Susi, vayan al santuario —ordenó la One a medida que levantaba todo de la mesa.

Todas siguieron a Susi en silencio; cruzaron el ventanal y, desde allí, pudieron ver cómo un grupo de comando bajaba de sus camiones y se dirigía a

la puerta de entrada. Entonces corrieron tratando de no hacer ruido, cruzaron el estar, luego el largo pasillo, hasta que llegaron a la despensa. Ahí Susi corrió un baúl de madera e indicó una puerta sobre el piso.

—¿Me ayudas? —le pidió a Débora.

Entre las dos tiraron con fuerza de una sogá deshilachada hasta que la madera cedió y Susi bajó por la escalera hasta el santuario, donde prendió unas velas.

Todas estaban nerviosas y empezaban a balbucear cosas que ella no llegaba a entender.

—Tranquilas, acá no nos va a pasar nada —dijo, y se arrodilló ante altar.

Allí, entre la penumbra de las velas, podía ver la figura de la santa, con sus labios gruesos, su piel morena y sus ojos, que siempre parecían mirarla fijo. Se acordó que de chica le encantaban esos ojos, esa mirada penetrante de pestañas arqueadas y delineado exagerado; le gustaba el manto trans-

parente sobre su cuerpo exuberante y las plumas doradas que salían de su espalda. Y recordó a la One diciéndole que si no le rezaba a Sanputona nunca iba a poder complacerse a sí misma e iba a vivir sólo para el placer del resto. Según ella, Sanputona era la santa a la cual había que rogarle por más amor propio. Por nunca dejarse pisotear, ni que tomen decisiones por una. Y a eso lo había recordado siempre, aunque pocas veces lo había podido cumplir.

Se inclinó a los pies de la Santa y murmuró:

—Sanputona, nuestra guía en este viaje. Ayúdanos a ser libres de cuerpo, alma y mente. Nos enseñaste con tu ejemplo a no callarnos más, a que no nos dejamos pisotear y nos demostraste que nosotras tenemos la fuerza para darle batalla a quienes quieran doblegarnos, quebrarnos. Ayúdanos a enfrentar nuestro destino siendo libres. Te pedimos que hasta nuestro último suspiro de muerte, sea fruto de nuestra elección.

Susi levantó la mirada hacia sus compañeras que la observaban sin entender bien qué le había pedido a esa estatuilla que, en un altar de telas brillosas y decenas de velas, posaba sensual y casi desnuda con los brazos abiertos.

Entonces la puerta se abrió de repente y Sasha bajó apurada con un montón de overoles y delantales.

—Ponganse estos, son de las que han venido de La Comuna. Los que llegaron son de un grupo comando. Pero no sospechan nada. Van a pasar la noche acá —decía apurada Sasha mientras repartía la ropa— escuché que están yendo a la frontera, parece que las están buscando ahí. La One no quiere decirles de ir al teatro porque no quiere hacer nada fuera de lo normal, y menos ahora que vino uno de los generales. Ese viejo boludo del bigote Susi, el super precoz, ¿te acordas? Bueno y ella siempre lo atiende acá. Igual tranquilas, salgan a la medianoche por

atrás. La One les va a decir a las chicas que usen los cuartos de adelante —explicaba Sasha tan a las apuradas que por momentos tenía que hacer una pausa para respirar y seguir.— Acá están las armas, las balas, los cartuchos, bla, bla. —hizo un silencio, las miró y subió las escaleras corriendo— y que las Santa las acompañe —dijo a modo de despedida antes de cerrar la puerta.

A las doce en punto volvieron a salir hacia la despensa vestidas con delantales, overoles y armadas. Salieron por la puerta trasera, corrieron por el patio, treparon el tapial y otra vez caminaron sigilosas por las calles de adoquines, bajo las ventanas iluminadas por luces rojas, entre la música y los gemidos, hasta llegar a la última hilera de casas. Ahí, cruzando esa calle, llegarían al campo y volverían a correr esquivando las

chozas hasta llegar al bote. Pero todas esperaban la orden de Susi, y Susi no daba ninguna orden para cruzar esa última calle.

Sabía que todas la miraban impaciente esperando que avance. Pero ella no podía avanzar. Si cruzaba esa calle era para siempre y ya había pasado por eso. Porque cuando se la llevaron para convertirla en una Olvidada, ahí creyó que nunca más volvería al lugar donde creció y, mal o bien, fue feliz. Pero había tenido otra oportunidad: había vuelto a Casanovas y ahí estaba, por cruzar la calle que ahora significaría un no volver nunca. Por eso sus pies parecían fijarse al suelo con fuerza y, por más que quisiera, no podía dar un paso. Hasta que los ojos de la Santa se le fijaron en la retina y supo que sólo así iba a lograr su libertad. Entonces cruzó la calle corriendo hasta abalanzarse sobre los pastizales del campo.

Caminaron por un largo rato, nadie las seguía. No tenían por qué correr. Hasta que al fin llegaron

al bote y lo arrastraron hasta la costa. Fue ahí cuando sintieron los quejidos del hombre que, tirado en la orilla, trataba de levantar la cabeza para tomar un trago de vino directo de la botella. Pero antes de que el hombre tome el trago, las Cholas ya lo habían arrastrado río adentro y le hundían la cabeza bajo el agua.

—¡Paren! ¿Qué hacen? ¡Es un Local! —gritó Susi al verlas sosteniendo al hombre que se sacudía bajo el agua. Pero en ese momento Débora la sujetaba de la espalda y le impedía acercarse.

—Hacen lo que tienen que hacer. Si este tipo habla todo fue al pedo piba —dijo Hebe mirando cómo el hombre flotaba boca abajo y era llevado por la corriente.

Capítulo 10

Hebe miró a sus compañeras que, sentadas en el bote espalda contra espalda, vigilaban la costa. Pensó que horas atrás estaban sin frío, cómodas bajo un techo, pero sin embargo ahí estaban de nuevo, firmes. Y sintió un nudo en la garganta, una sensación que no podía poner en palabras. Era emoción, pero una emoción tan profunda que sus ojos hacían fuerza para no explotar en llanto.

—No puedo estar más orgullosa de vivir esto con ustedes. Sé que todavía falta pero yo me voy a guardar esta noche, con ustedes en este bote, en lo más profundo de mi corazón. En serio se los digo —dijo Hebe, que se daba cuenta, estaba teniendo problemas para respirar con ese nudo que se le hacía cada vez más grande en la garganta.— Sé Susi que te quedaste mal con lo que acaba de pasar con ese hombre, sé que es uno de los nuestros. Pero tenés que entender que nuestro fin es más importante que la vida. Nuestra vida misma. Porque la libertad trasciende

la vida compañeras —dijo Hebe levantando la voz. A su alrededor sólo se escuchaba el agua golpear contra el bote y Hebe sintió que de a poco el nudo se iba ablandando en su garganta y se convertía en acidez en el estómago, como fuego, y eso sabía, era rabia.— Sé que el enemigo es fuerte, pero nosotras tenemos que ser más fuertes. No las quiero vencidas, no aflojen ni en el momento más terrible, no le den nada al enemigo, ni una lágrima —Hebe hizo un silencio profundo, todas sus compañeras la escuchaban serias— les pido que sean valientes. Entregar nuestra vida no es perder, es el acto más grande de resistencia.

—Ya casi estamos —dijo la Comunera remando hacia la orilla.— Hay que bajar antes de llegar al puerto de los frutos. Está amaneciendo y no podemos arriesgarnos a llamar la atención. Creo

que va a ser mejor que no andemos en grupo. Vayan separadas unas de otras, o de a dos. No se hablen, no se miren, imiten a la gente y siganme, yo voy a ir con Hebe adelante.

Hebe miró a la Comunera: tenía la cara colorada por el esfuerzo y los dientes apretados. Pero las demás habían remado toda la noche y ya no podían ayudarla. Todas, incluso Hebe, tenían las manos ampolladas y sangrantes. Aun así, se arremangaron los overoles, se levantaron las faldas con delantal y saltaron hacia el agua pantanosa que les llegaba a las rodillas. Caminaron sintiendo el barro entre sus dedos hasta llegar a tierra firme. El bote, sin tripulantes, continuaba a la deriva del río. Ya no lo necesitaban.

Caminaron por la orilla hasta empezar a ver gente. Con la llegada del amanecer los Comuneros y Comuneras salían en manada de las torres hacia la estación, vestidos con overoles o delantales. Ellas sin hablarse, se mezclaron entre la multitud

hasta que llegó el tren, y Hebe pudo ver como Carmen se sobresaltaba al verlo frenar frente a sus ojos.

Al entrar la Comunera se sentó y le señaló un asiento a su lado, el resto se dispersó dentro del vagón. Hebe las vio esquivarse las miradas, respirar entrecortado y sintió que el revólver le pesaba en el bolsillo.

—Me tengo que separar. Tengo que ver qué pasó con mi unidad, ver si mis compañeros siguen ahí. Porque si reventaron todo mientras yo no estaba corremos riesgo todas. No podemos ir así porque sí —le dijo al oído la Comunera.— Yo me bajo en la próxima estación. Ustedes bajen en el mercado, sigan a las mujeres con bolsones y entren al galpón. No se hablen, nada. Ahí está todo vigilado. Disimulen y estén atentas. Las encuentro al mediodía en el callejón del mural.

—¿Y si ya no está el mural piba? ¿Cómo lo reconozco? —preguntó Hebe antes de que la

Comunera se dirigiera a la salida.

—Va a estar, eso sí que no cambió—dijo y se bajó del tren. Las demás miraron a Hebe sin entender por qué se habían separado y qué se suponía que tenían que hacer ahora.

Antes de llegar a su estación Hebe se paró y se acercó a la puerta: el resto la siguió. Bajaron del tren y volvieron a mezclarse con las demás Comuneras que, cargando bolsones, caminaban por las calles rodeadas de galpones y fábricas. El aire repleto de hollín se les hizo pesado en los pulmones hasta que al fin llegaron a la puerta del galpón que servía de mercado, donde cientos de trabajadoras enseñaban sus carnets y cargaban alimentos.

Al cruzar la puerta Hebe pudo ver decenas de cajones con frutas. Se acercó y tomó un racimo de uvas: años habían pasado desde la última vez que había comido algo así. Se acordó que en la quinta de la prisión había habido una planta de ciruelas,

pero una mañana el árbol entero apareció prendido fuego: eran épocas de guerra con las Cholas.

—Señora, no puede tocar la mercadería ¿no leyó el cartel? Además tiene que hacer la fila —le gritó la Comunera que atendía el puesto, pero Hebe no había visto el cartel, ni la cara de todas las mujeres que la miraban enojadas por haberse adelantado su turno.

Hebe dejó el racimo y, disimuladamente, escondió una uva en su manga. Saludó con la cabeza a las Comuneras que seguían en la fila y caminó. El galpón tenía techo de chapa y las paredes de un hormigón grueso. Por las rendijas que servían de ventanas, sólo podía ver bandadas de palomas revoloteando de un lado al otro. En las puertas, hombres vestidos de azul, observaban los movimientos del interior, y Hebe no quiso detenerse a verlos, no quería cruzar ni una mirada.

Llegó el mediodía y Hebe atravesó la puerta. El resto, disimuladamente, la siguió.

Caminó hasta la esquina pero no encontró ningún callejón. Dobló y dio una vuelta a la manzana, seguida por sus compañeras que se sorprendieron al verse nuevamente en donde habían comenzado. Hebe empezaba a ponerse nerviosa cuando miró frente al acceso del mercado. Allí se abría, entre los paredones de dos edificios abandonados, un pequeño pasillo. Caminó en esa dirección hasta llegar a donde cortaba otra calle y ahí, frente a sus ojos, estaba el mural: una imagen del Mandatario con su mujer. Los dos estiraban sus manos y saludaban sonrientes hacia la nada. Debajo de estos había una inscripción tapada con capas y capas de pintura blanca, pero Hebe igual pudo leerla: “con las cenizas de los traidores construiremos la Patria de los humildes”. Hebe miró

sonriendo a su alrededor y se imaginó que alguien, todas las noches, volvía a escribir la frase.

Esperaron, caminaron de una cuadra a otra tratando de no llamar la atención y, cada tanto, Hebe miraba hacia el mural esperando alguna señal. Pero nada pasaba. Fue ahí cuando Susi se le acercó impaciente.

—¿Qué se supone que estamos haciendo acá?

—preguntó tratando de no mostrarse nerviosa.

—Esperamos a Clara —dijo Hebe por lo bajo.

—¿Quién es Clara?

—¡La Comunera! Me dijo que nos encontrábamos acá al mediodía —dijo Hebe mirando hacia la calle.

—¡Pero ya pasó un montón desde el mediodía! —dijo Susi levantando la voz y haciendo que Débora se acercara.

—¿Qué pasó? ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Débora.

—Nos cagaron, la Comunera nos cagó y nos

dejó acá pagando. Eso pasó. —dijo Susi exaltada.

Pero las tres quedaron petrificadas, a su lado, desde el interior de una de las puertas del edificio abandonado, alguien empezaba a hacer fuerza para salir. Fue ahí cuando la Comunera apareció detrás de la puerta.

—Perdón, me costó llegar hasta acá. Pero está todo listo.

—No podía dudar de vos piba —respondió Hebe al cruzar la puerta.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Carmen.

El edificio parecía haber explotado por dentro, tenía las paredes recubiertas de hollín y barricadas hechas con sillas y mesas en los accesos.

—Esto era una universidad. Acá venían todos a estudiar después de terminar la escuela. Pero cuando ellos llegaron al poder empezaron a decir que estos eran nidos de subversivos —contó la Comunera mientras subían y bajaban escaleras, esquivando carteles con inscripciones ilegibles

por el tiempo.— Después de eso los universitarios tomaron las facultades, se amotinaron adentro para que no las cierren, pero se los llevaron a todos, uno por uno. Es lo único que se sabe porque además pasó hace muchísimo. Mi bisabuela daba clases en una, y también se la llevaron. Nunca supimos nada —dijo la Comunera mientras todas observaban a su alrededor, imaginando cómo serían esas personas de hacía tanto tiempo atrás.

Camínaron por esos pasillos hasta llegar a otra puerta y, al salir, cruzaron otro callejón, volviendo así a entrar por otra puerta y así tantas veces que Hebe no supo en qué dirección iban. Entonces la Comunera se detuvo.

—Llegamos —dijo.

Capítulo 11

Tanto tiempo soñando con regresar, planeando mi escape, recreando el mapa, pensando estrategias inviables y sin embargo acá estoy. Llegué.

Cuando bajé del tren quise caminar despacio, paciente, pero mis pasos eran largos, apresurados. Me escabullí entre los galpones, el ruido de las máquinas taladraba mis oídos: y me di cuenta de que me había desacostumbrado al traqueteo constante de La Comuna. Sin embargo el olor a humo y a aceite quemado me hizo sentir de nuevo en casa.

Atravesé el polo industrial norte y llegué a la plazoleta; el acceso a los túneles parecía no haberse abierto hacía mucho. Me sumergí en la oscuridad y pude sentir como mis pies se hundían en el barro, hasta que al fin llegué a la escalera de mantenimiento. La subí de dos zancadas y empujé con fuerza el chapón. Pero no se abría, no se movía ni un milímetro de su lugar. Parecía estar soldado por fuera.

Volví a bajar la escalera y caminé por el túnel, el alcantarillado estaba cerca, podía sentir el olor a podrido, pero igual seguí caminando hasta la próxima salida, que llevaba a la antigua biblioteca.

Abrí lo más suave que pude la compuerta, el corazón me palpitaba fuerte en el pecho y la incertidumbre de no saber con qué podía encontrarme me hacía temblar las rodillas. Miré al ras del suelo pero no pude ver nada, entonces me asomé sigilosa y pude ver un cigarrillo humeando sobre el cenicero del escritorio: había alguien.

Después un dolor punzante me recorrió la cabeza y no recuerdo más nada. La próxima imagen que tengo fue verme acostada sobre el escritorio, con la cabeza que me daba vueltas. Alguien me ponía un paño húmedo en la frente. Me incorporé y entonces vi la sonrisa de Mariana y a Ernesto que fumaba un cigarrillo sentado frente a mí. “No te esperábamos”, me dijo y Mariana me contó que se habían asustado pensando que los habían descu-

bierto.

Todo a partir de allí fue verborragia, no podíamos parar de hablar de todo lo que había pasado en estos meses: qué había pasado con nuestros compañeros, a dónde se los habías llevado, cómo fue que escapé y qué era lo que hacía volviendo a La Comuna. Fue entonces cuando Ernesto comenzó a negar con la cabeza, no estaba de acuerdo con nuestro plan, para él no eran las formas en las que se tenía que luchar, decía que de nada serviría, que a nadie le importaría. Igual accedieron a ayudarnos.

Entonces volví a escabullirme entre los callejones, entré y salí de los edificios abandonados hasta llegar al callejón del mural. La puerta estaba oxidada y tuve que hacer mucha fuerza para poder abrirla. Del otro lado mis compañeras me esperaban impacientes. Entraron al edificio atrás mío y las guíé hasta la biblioteca.

Ahora ellas les relatan a Mariana y a Ernesto sus

vidas en La Ollada, lo que han visto, sus historias, sus desgracias, sus broncas y sus alegrías. Y a mí todo esto me parece un sueño. Pero acá estoy. Con mis dos mundos en este lugar: con mis compañeros de antes, con quienes soñábamos cambiar el mundo y con las de ahora, con las que me aventure en el viaje más loco de mi vida. Todos sentados en el piso, entre libros censurados y archivos que nunca se han abierto.

Ya está todo preparado. Ya tenemos los pases, la ropa y las armas. Sólo queda aguantar esta noche. Y esta va a ser la noche más larga de nuestras vidas.

Si alguien lee estas servilletas algún día quiero que sepa que realmente, de corazón, creo que después de mañana todo va a cambiar. Lo sé. Porque esta vez no buscamos un simple acto de oposición, de disconformidad. Acá empieza nuestra revolución y no es solo nuestra, es de todos y de todas.

Capítulo 12

A Carmen le ardían los ojos: los sentía pesados, resecos. No había podido dormir en toda la noche, pero aun así, caminaba de un lado al otro, ansiosa por salir de esa biblioteca repleta de libros amarillentos y apolillados donde esperaban el amanecer.

Había pasado la mitad de la noche recorriendo los pasillos de ese antiguo edificio, tratando de descifrar lo que habían escrito tanto tiempo atrás en los pizarrones. No había tenido ganas de contar sobre su vida, sus desgracias y sus luchas a los Comuneros que les daban el refugio, como sí lo hacían sus compañeras; ella había preferido perderse un rato, estar sola. Hasta que se encontró con un paredón marcado por centenares de balas y manchones que, supo, habían sido de sangre: muchos habían muerto en ese lugar.

Entre tanto silencio se imaginó los gritos, los llantos y el ruido de los cuerpos siendo arrastrados por el piso hasta la caja de alguna camioneta para ser llevados lejos, Olvidados. Le hubiese gustado

saber sus nombres, conocer sus rostros, cómo serían, qué les habrían gritado a sus asesinos antes de morir.

No podía dejar de pensar en eso.

Entonces dejó de caminar de a un lado al otro de la biblioteca y se acercó a los estantes. Revolvió entre los libros, abrió los muebles y revisó los estantes, hasta que encontró un par de carpetas manchadas de humedad. En su interior había decenas de papeles con datos: nombres, apellidos, edades, lugares de nacimiento y pequeñas fotos.

Carmen tomó cada una de esas imágenes y las miró detenidamente: esas personas le resultaban extrañas. Todos eran más jóvenes de lo que se había imaginado y en su mayoría tenían el pelo pintado de colores chillones, aros en la cara y dibujos en la piel. Hasta que encontró la foto de una joven de pelo oscuro y piel morena que, con una trenza despeinada sobre el hombro, sonreía a la cámara.

—¿Están listas? —preguntó la Comunera y Carmen se guardó la foto en el bolsillo.

Sus compañeras ya se habían vestido con el traje negro de botones grandes y dorados y se habían puesto el pañuelo en la cabeza, como lo usaban los Comuneros que trabajaban en La Perla. Entonces ella se colgó del cuello la credencial de acceso que le habían falsificado esa noche. Allí, sobre la tarjeta que antes pertenecía a una Susana Marchioni, ahora había una foto suya con los ojos entrecerrados.

—La verdad es que te queda divino ese traje —dijo Débora al verla.

—Gracias —dijo Carmen un poco avergonzada.

—Yo no me puedo ni mover con esto, es reajustado el mío —dijo Débora levantando los brazos. Después sacó un papel del overol que tenía puesto antes y lo abrió.

—¿Qué es eso? —preguntó Carmen al ver que se había quedado parada mirándolo.

—Un dibujo que me regaló la Comunera. Es nuestro escudo en teoría —dijo sonriendo.

—A ver —dijo Carmen sacándoselo de la mano— “Colmar”. Me gusta —le devolvió el papel.

—Bueno ¿Vamos? —preguntó la Comunera que se terminaba de acomodar el pañuelo.

Entonces todas volvieron a mezclarse con los Comuneros salían de las torres hacia las fábricas y los que, con sus trajes negros, bajaban las escaleras del subterráneo en dirección a La Perla.

Carmen vio los escalones de baldosas relucientes, observó los azulejos con arabescos que cubrían las paredes y el techo, y vio a los hombres armados con metralletas que se apostaban en los ingresos y controlaban que todos tengan sus credenciales colgadas del pecho.

Al llegar al molinete imitó al resto y pasó su tarjeta por la máquina de luces titilantes: después de intentar varias veces, un pitido le anunció la apertura de la puerta. Del otro lado, un tren

vidriado llegaba flotando sobre el andén. Siguió a sus compañeras y se metió adentro del vagón. Los Comuneros y Comuneras viajaban adormecidos, mientras una música funcional sonaba en los parlantes. Pero a ella la música no le parecía tranquilizante, de hecho la ponía más nerviosa y sintió que las manos le transpiraban y se le resbalaban de los barandales.

Frenaron en unas diez paradas hasta que llegó la última y una voz sensual anunció: “ha llegado a La Perla, que tenga una excelente jornada”. Carmen volvió a caminar por los pisos lustrosos siguiendo a sus compañeras. Pero antes de llegar a la salida, vio cómo los hombres armados hacían pasar uno por uno a través de un detector de metales y se frenó en seco.

—Psss, por acá —escuchó Carmen. Miró hacia atrás, donde la Comunera y una señora mayor, a la que no conocía, las llamaban.

Carmen se acercó y tomó una de las cajas llena

de diarios y revistas que le dieron a cada una y caminó siguiéndolas por otro pasillo, esquivando a los guardias. A unos metros la Comunera dejó la caja y ayudó a la señora a abrir una puerta que, al estar recubierta de azulejos, no se distinguía a simple vista. Entonces todas se sumergieron en la oscuridad, siguiendo a la señora que sin hablar les indicaba el camino hacia la salida. Mientras caminaba pensó que toda esta parte del viaje se había tratado de andar de un laberinto en otro, y se convenció de que eso hubiese sido imposible en La Ollada, donde los únicos lugares donde una podía ocultarse era en la espesura de la selva o entre los matorrales.

Caminaron unos minutos hasta que pudo ver cómo se filtraban unos rayos de luz por las rendijas de la última puerta de ese laberinto. Entonces la Comunera se detuvo.

—Acá estamos —dijo con la voz entrecortada y se abalanzó sobre ellas. Todas se abrazaron fuerte

por un rato, y Carmen sintió muchas ganas de llorar, pero no dejó que las lágrimas llenaran sus ojos.

Antes de salir, se tocó el arma que escondía contra su panza y al encontrarla se sintió tranquila. Cruzó la puerta y el sol la encandiló, pero aun así pudo ver los edificios, todos altísimos, a tal punto que tuvo que inclinar toda su cabeza hacia atrás para ver dónde terminaban. Nunca había visto algo así. Observó las pantallas con mujeres posando, los carteles luminosos, los árboles perfectamente redondeados y vio que de cada parcela de tierra brotaban cientos de variedades de flores.

—Estamos a dos cuadras, caminen lento y no miren a nadie. La cabeza abajo —dijo despacio la Comunera que se secaba la nariz con la manga.

Carmen caminó mirando su reflejo en las baldosas de las veredas. De vez en cuando levantaba la vista al sentir que pasaba uno de los autos alargados por la calle; miraba las vidrieras

con maniqués que lucían vestidos brillantes y a las mujeres que, con peinados levantados y zapatos altísimos, subían y bajaban de las escalinatas de los edificios, hasta que frente a sus ojos vio la plaza.

Cruzaron la calle y Carmen se paró frente al edificio central; ya lo conocía por la tele, pero en la vida real le pareció sumamente pequeño y antiguo comparado con los edificios que lo rodeaban. Tenía el techo verde, las paredes pintadas de color rosa y muchos ventanales. Vio que en la puerta de ingreso, había dos hombres vestidos con uniformes azules y armados que miraban fijo hacia el frente.

Carmen giró sobre sí misma; la plaza estaba rodeada de locales lujosos, algunos con mesas vestidas sobre las veredas. Entonces se detuvo a observar como una Comunera le servía delicadamente el té a una señora de capelina y cómo dos Comuneros le cargaban las bolsas a un señor de traje, mientras este miraba vidrieras con un puro

en la mano.

No podía entender cómo era que habían podido llegar ahí. Había imaginado que realmente sería difícil, que las acribillarían antes de llegar. Pero ahí estaban y a nadie parecía importarle. Hebe tenía razón, no habían pensado en ellas.

Carmen miró a sus compañeras: ellas tampoco sabían qué hacer. Ya habían pasado unos minutos y todas seguían inmóviles en el centro de la plaza. Hasta que uno de los hombres de azul se les acercó con el arma al hombro: tenía los pómulos marcados y un lunar sobre el labio.

—Señoras, tienen que circular, no pueden estar acá —dijo.

Entonces Hebe lo miró fijo y amagó con decirle algo pero en cambio, se dio vuelta y empezó a caminar, seguida por sus compañeras, alrededor del monumento central de la plaza: una estatua que Carmen nunca antes había visto, de un hombre que levantaba un sable en alto y que en

la base tenía la inscripción: “Seamos libres y lo demás no importa nada”.

—¿Qué hacemos ahora señora? —le preguntó a Hebe.

—No tengo ni idea Carmen, esperar, llamar la atención.

Carmen miró alrededor de la plaza: los Comuneros que seguían al hombre del puro, las miraban y parecían no entender qué hacía un grupo de mujeres dando vueltas al monumento por quinta vez.

Entonces el hombre de azul volvió a acercarse a ellas y agarró a Susi de un brazo.

—¿Qué se supone que hacen señoras? ¡Retírense ya! —ordenó intentando arrastrar a Susi que trataba de soltarse y seguir caminando.

Pero antes de que el hombre llegara a sacarla de la ronda, una de las Cholas se levantó el saco del traje, sacó su arma, y de un solo movimiento le pegó un tiro en la cabeza al hombre que inmedia-

tamente se desplomó en el piso. Fue ahí que todo estalló en gritos. Carmen se dio vuelta y vio que el hombre del puro corría para resguardarse dentro de un local, mientras que los dos Comuneros las miraban estupefactos.

El otro hombre de azul gritó “al suelo, ¡ahora!” y sacó su arma, pero Carmen le disparó antes de que pudiera apuntar: sintió en su brazo la fuerza con que la bala salía para atravesarlo y dejarlo también tendido en el piso.

Los gritos de los habitantes de La Perla se mezclaron con las sirenas y los ruidos de las botas que empezaban a rodearlas. Carmen empezó a sentir cómo la adrenalina recorría todo su cuerpo haciéndola temblar: había llegado la hora.

Todas se pararon frente al monumento; cientos de hombres vestidos de azul apuntaban sus armas contra ellas resguardados detrás de camiones blindados.

—La victoria es nuestra compañeras —dijo Hebe

antes de dar un paso al frente y sacar su revólver.

Ya nadie gritaba alrededor, los habitantes de La Perla habían corrido por las calles aledañas o se refugiaban dentro de los comercios. Sólo algunos Comuneros y Comuneras las observaban desde debajo de las mesas o detrás de los postigos.

Entonces Hebe miró fijo a los hombres de azul.

—¡Ustedes no nos matan, nosotras elegimos morir! ¡Nunca más vamos a ser olvidadas! — gritó con todas sus fuerzas. Después se apoyó el revólver en la sien y apretó el gatillo.

Carmen vio la escena como en cámara lenta: la vio caer, desvanecerse frente a sus ojos; la vio en el piso, con una sonrisa cruzando su rostro y un hilo de sangre corriéndole por la mejilla. Después levantó la mirada y la vio a Débora: se había sacado el pañuelo y sus rulos volaban al viento. Corría hacia los hombres de azul disparándoles, y a los pocos metros caía de rodillas: la habían herido.

Entonces Carmen también apretó el gatillo una y otra vez, mientras Susi corría hacia Débora; pero una bala le atravesó la frente antes de que pueda llegar.

Gritó fuerte y sintió que las lágrimas le corrían por el rostro. Las Cholas se habían adelantado y se lanzaban veloces hacia los hombres, pero se desvanecían al recibir la segunda ráfaga de disparos.

Carmen intentó acercarse a la Comunera que recargaba su arma, cuando sintió que decenas de balas le atravesaban la panza. Las sintió como explosiones que la desgarraban por dentro una y otra vez. Para entonces, la Comunera yacía en el suelo con los ojos perdidos.

En ese instante Carmen sintió cómo perdía sus fuerzas: sus piernas ya no podían sostenerla y se derrumbó en el piso, sobre las baldosas brillantes, salpicadas de sangre. Los ojos le pesaban, pero el cuerpo ya no le dolía. Podía escuchar las botas acercarse, todas juntas, en un clap, clap constante

y sincronizado. Giró la cabeza y la vio a Débora que todavía se movía: la vio meter la mano en el pantalón y sacar el papelito que le había dado la Comunera.

Antes de que le disparen por última vez, Débora lo soltó hacia el viento.

Carmen pudo ver el papel elevarse con furia en un remolino que lo hizo volar alto. Voló a través de la plaza, por encima de los hombres de azul y descendió flameando sobre la vereda del frente. Unos zapatos blancos y gastados corrieron hacia él, y una mano callosa lo levantó de las baldosas lustradas. Entonces vio cómo una Comunera lo fijaba en su retina y lo escondía entre sus ropas.

Carmen cerró los ojos: clap, clap, clap, clap, las botas se le acercaron.

Una bala le atravesó la frente.